

3



Terror
Fantasía
Ciencia ficción



Ediciones Turas Mór



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>El sueño del pibe</i> (MIGUEL Á. PEÑA).....	5
<i>Tercera expedición a Iliros IV</i> (SANTIAGO OVIEDO).....	7
Hacedores de “Nuevomundo” (I).....	11
<i>Lo único que hacemos es desear</i> (SAURIO).....	13
<i>Un viaje al ayer</i> (SERGIO GAUT VEL HARTMAN).....	18
<i>El embalsamador</i> (DICIERBI - FRATTINI).....	23
<i>Vida artificial</i> (DANIEL BARBIERI).....	35
<i>Camila</i> (M ^a DEL PILAR JORGE).....	47
<i>Gómez y Ricuti</i> (RICARDO G. GIORNO).....	54

NM

www.revistanm.com.ar
nm.e_ditores@yahoo.com.ar

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem
y los autores conservan la totalidad de los derechos
sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**
ESN 53690-070120-454033-24

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
FERNANDO BONSEMBIANTE, M. C. CARPER y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
“Nace un dragón” (SUE GIACOMAN VARGAS)

EDITORIAL

Este número de **NM** tiene un sabor especial, agridulce.

Por un lado, la satisfacción de haber inaugurado el sitio propio en Internet (www.revistanm.com.ar), donde se podrá tener acceso a todos los números en línea y como documento imprimible. A partir de ese momento, entonces, el tradicional sitio de **e-ditores** (http://ar.geocities.com/e_ditores) se limitará a tener disponible exclusivamente la última entrega.

Ello se debe a que a partir de este año la revista pasa a ser trimestral, lo que determinó la necesidad de contar con un servidor con más espacio. El caudal de las colaboraciones y la expectativa de los lectores llevó a tener que analizar la conveniencia de mantener la periodicidad semestral, con un considerable aumento de páginas, frente a una mayor frecuencia de publicación. Se optó por lo último, teniendo en cuenta que —dado el carácter no comercial del emprendimiento y la cantidad de tiempo libre que dejan otras ocupaciones— el plazo de tres meses es el que mejor se adecua para la confección de un ejemplar que mantenga el perfil y la calidad de los anteriores.

Los tres primeros números —en tal sentido— parecen marcar una tendencia en **NM**: más terror que fantasía; una ciencia ficción en la que lo más importante es la historia humana. Quizá se pueda llegar a decir que el contenido de la revista es, en cierto sentido, deprimente, con una atmósfera un tanto opresiva. Tanto mejor; es un argumento contundente contra los críticos que postulan que la CF es literatura de evasión. Los que busquen en nuestros relatos un estupefaciente para desconectarse de la realidad o un alucinógeno para construir su propio paraíso artificial, que vayan a la sección de *best-sellers*; quienes quieran encontrar respuestas a sus dudas en nuestras ficciones, que pasen por los estantes de los libros de autoayuda.

La CF clásica (básicamente, estadounidense) se ocupó en su momento de mostrar de modo magistral los riesgos que conlleva el desarrollo descontrolado desligado del ser humano. Cuando leemos las noticias de los diarios, no podemos menos que decir: “Fulano ya había escrito algo como eso”.

No se trata, por cierto, de clarividencia ni de dones proféticos, sino de una capacidad prospectiva dentro de parámetros lógicos, sin el temor de aceptar que las cosas pueden fallar. Pero lo más importante es que se alerta contra

el estatismo, contra el abandonismo. En suma: siempre se puede estar peor, pero siempre se puede hacer algo.

La nueva literatura fantástica hispanoamericana, por su parte, ha venido creciendo hasta igualar (y en algunos momentos superar) a la del Primer Mundo. Eso lleva a la parte un tanto molesta de este número.

Hasta el momento, en **NM** sólo han participado escritores mexicanos y españoles, aparte de los argentinos. De estos últimos, casi todos son oriundos o moradores de la ciudad de Buenos Aires. El objetivo en los próximos números será el de demostrar que en el interior de la Argentina también se escribe (muy bien), así como en todos los otros países de habla hispana, por lo que se reitera la invitación a todos los escritores para que manden sus relatos.

Mientras tanto, en esta entrega —como no puede ser de otra manera— se produce el debut de nuevos colaboradores. Hay un par de homenajes, vuelven antiguos conocidos y se practica un pequeño ejercicio de autoindulgencia.

Por último, cabe destacar y agradecer a todos aquellos que difunden **NM** —muchos de ellos anónimamente—, a través de Internet, en los foros de discusión y en los sitios especializados.



SANTIAGO OVIEDO

Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.0. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Las imágenes fueron trabajadas en Serif DrawPlus 3.0, Serif PhotoPlus 5.0 e IrfanView 3.98. Los archivos PDF fueron generados en PDFCreator.

EL SUEÑO DEL PIBE

MIGUEL Á. PEÑA

Rubén era autodidacta; había devorado casi todo el material literario de su época, a fines del siglo 20. Inconscientemente lo reflejaba en sus mofletudas mejillas, llenas de una barba intelectual que hacía juego con sus gafas y su generoso abdomen. Él quería ser el mejor, el máximo escritor y con esta obsesión martilleaba sus conversaciones con Raúl, quien pacientemente hacía de confesor. Raúl era su antítesis; salvo por su grueso bigote, el resto era delgado, lo cual acentuaba su firme carácter.

Rubén hubiese dado hasta su alma para poder volver a vivir dentro de cien años. Estaba seguro de que gozaría de la más absoluta gloria en el futuro, por el reconocimiento de las generaciones venideras. No tenía, además, la menor duda sobre su genio literario. Estaba convencido de eso. Y así pasaba sus días amargado, jurando venganzas fantásticas contra sus contemporáneos, que no lo reconocían en toda su oceánica grandeza.

Raúl compartía sus gustos literarios; era bastante humilde y se consi-

deraba muy por debajo de Rubén. Éste lo había apabullado durante tanto tiempo con su propio genio, que Raúl no habría podido imaginarse otra posibilidad al respecto. Pero, claro, ambos habían hecho muy poco, es decir, debían hacerlo casi todo en el futuro. Ocurría, simplemente, que el carácter de Rubén era abrumador, y abrumadora era la sombra que proyectaba sobre cualquier pobre humano que estuviera cerca de él, o que accediera, casi por masoquismo, a ser su amigo.

Una noche después de completar otra de sus magnas obras, y cuando consideraba por enésima vez su grandeza no reconocida, una figura humanoide se materializó en el fondo oscuro de su cuarto de trabajo. Rubén, con un escalofrío, alcanzó a divisar la forma que no le era del todo desconocida. Tal vez Dante o Goethe lo hubiesen descrito mejor, pero para el caso era lo mismo. Era Satanás.

—¿Qué buscas aquí? —le preguntó con insolencia Rubén, con la voz algo partida por el temor.

—Vengo por tu alma, insecto —le respondió Satanás.

—¿Por qué? —balbuceó Rubén. Y agregó: —¿A cambio de qué?

—A mí no me puedes engañar. Tu anhelo es vivir un día dentro de un siglo; poder observar tu nombre impreso con letras de oro, dueño absoluto de la gloria.

—Bueno... Sí, es verdad —aceptó Rubén, intrigado y avergonzado de que alguien conociera sus más profundos sentimientos. Luego atinó a preguntar: —Pero, ¿cómo sé que no me engañarás?

—Mirá, gordito, en los años que llevo en esta faena, jamás engañé a nadie.

—Está bien. No te enojés. Pero... ¿cuál es el precio?

—Nada que tu ambiciosa mente no haya ideado. Sólo quiero tu mísera alma.

Rubén se puso un poco nervioso y perdió la compostura inicial. Dio dos pasos por la habitación, ensimismado, y tardó un buen rato en decir: —Está bien; es un trato.

Dos años después, Rubén fallecía y despertaba cien años más tarde sobre un mullido colchón de pasto. Se levantó y comenzó a caminar hacia la ciudad, a la que vislumbró luego de unas horas.

Allí se dirigió hacia la biblioteca, mientras la gente lo observaba como si fuera un extravagante mendigo u

orate escapado de un museo del siglo 20. El templo de la cultura, se arrellanó en una consola individual y tecleó la clave del archivo. Marcó su nombre pero nada apareció. Desesperado, buscó el archivo de su década y ahí encontró un nombre que lo impactó. Su amigo Raúl figuraba con grandes letras y, lo peor, pasaba por ser el mejor exponente literario de “su” época. Había arrasado con todos los premios y su libro más famoso se titulaba *Confesiones de un artista*. Y la obra estaba basada en la vida de su amigo Rubén, muerto prematuramente.

Cuando Rubén leyó esto, primero empalideció. Luego percibió con asco que su rostro se encendía. Se irguió en la silla lentamente, sintiendo un hórrido frío en todo el cuerpo. En el vestíbulo del edificio, dio el terrible grito de desesperación.

—¡Traidor! ¡Maldito traidor!

Sus puños estaban apretados y levantados hacia el cielo. Era tanta su rabia que, cuando bajó las escalinatas de la biblioteca, tropezó y cayó hecho un ovillo sin vida. Cuando llegó la ambulancia, había mucha gente alrededor, como si tuviera el público que siempre ambicionó.

El médico que certificó el accidente había anotado: “Mendigo. NN. Muerto por desnucamiento”.

© MIGUEL Á. PEÑA, 1991

MIGUEL ÁNGEL PEÑA

(Argentina —Córdoba, 1955 - Buenos Aires, 2003—)

El preferido de cualquier escritor (lector y coleccionista completista), publicó un cuento en **Unicornio Azul** y otro en **Nuevomundo**, que aquí se reedita.

TERCERA EXPEDICIÓN A ILIROS IV

SANTIAGO OVIEDO

La cosa nos seguía manteniendo la misma distancia que al principio. No se podía distinguir qué era, pero daba miedo. El Johnny había gritado que era como una araña gigantesca, pero ese cretino se daba con cualquier cosa y uno ya no le creía, con sólo acordarse del “bolonqui” que había hecho en la nave cuando consiguió aquella inmundicia de Béstor VI. El Tano, mientras tanto, decía que aquello parecía una tormenta de polvo y estaba más pálido que los hielos de Nyara.

Lo único cierto era que eso era algo, pero no se podía adivinar qué. En este planeta de porquería la luz de su sol no puede atravesar las gruesas capas de nubes eternas y el viento que sopla sobre la superficie levanta una espesa cortina de fina arena que entorpece la visión.

Éramos la tercera expedición a Iliros IV y quizá estábamos a punto de descubrir qué había ocurrido con las dos anteriores. Cuatro de nosotros —Howes, Di Lorenzo, Lindemann y yo— habíamos descendido en el *Fis-*

gón, mientras *Mamá Gansa* orbitaba más allá de la capa de nubes.

Nos encontramos, entonces, sobre la superficie de un planeta árido y ventoso, profundamente erosionado —como los desiertos terrestres de Arizona, el Mar Muerto o Talam-paya, ampliados a proporciones planetarias—, con un laberinto de farallones y cañadones, resabio de las edades acuáticas de aquel mundo, un mundo muerto hacía milenios.

Dejamos a Lindemann al cuidado del módulo de exploración y los otros tres comenzamos a recorrer la región en busca de evidencia de las anteriores misiones. La única manera posible de reconocimiento era aquella: a pie y con poderosas linternas; desde el aire no se podía ver nada y algo que contenía la arena interfería en los sensores.

Fue poco después de que perdimos de vista al *Fisgón* que divisamos aquella cosa. Antes de que pudiésemos reaccionar ya se había interpuesto entre la nave y nosotros y conjuntamente perdimos la comu-

nicación con ella y con *Mamá Gansa*.

Vimos aquel manchón borroso que se nos acercaba y no pudimos hacer otra cosa que echarnos a correr, intentando distanciarnos de eso, alejándonos de la cápsula.

No sabíamos qué podía ser, pero causaba miedo. En la fuga acabamos por separarnos entre las formaciones erosionadas, enfundados en nuestros cascarones de plástico y metal, corriendo y saltando en una gravedad menor a la que estábamos acostumbrados. Y de repente me encontré solo.

Me volví y no distinguí si aquello aún me seguía. La estrella del sistema se debía de haber ocultado más allá de las nubes, bajo el horizonte, porque las sombras se hicieron más densas. Seguía sin tener respuestas desde el módulo y tampoco recibía nada de mis compañeros, y no supe bien qué hacer. Me di cuenta de que me sentía cansado y, sin tener plena consciencia de mis actos, me acurrulé junto a una roca y me dormí, o —mejor dicho— me sumí en una abandonada somnolencia.

En aquella duermevela no pude dejar de preguntarme qué hacía yo, un porteño, en aquel lugar. Luego de la decadencia de la Confederación Terrestre —frente al proteccionismo de la mayor parte de las culturas alienígenas—, la conquista del espacio profundo se había vuelto imposible para las grandes potencias enfrentadas en la Tierra; tenían que elegir entre abandonarla o trabajar juntos. No lo hicieron. En vez de eso, volvie-

ran a viejos sistemas: atrajeron a sus cuadrantes satélites y los desangraron aún más, con tal de poder costear sus proyectos. A cambio de eso, astronautas de aquellas regiones podían participar en las distintas misiones.

La Argentina —Sudameria-Argentina— era un país dominado; las pocas veces que había intentado emanciparse, la habían aplastado. A mediados del siglo veinte, un gobernante había dicho: “El año 2000 nos encontrará unidos o dominados”. Se equivocó. En el año 2000 —y en el 2398— estábamos unidos y dominados; dominados como siempre nos habían tenido y unidos porque habíamos perdido más de la mitad de nuestro territorio. A decir verdad, estábamos algo más que unidos; estábamos bastante apretados.

La cúpula gobernante, mientras tanto, seguía servil con los dominadores. Había abandonado la hiperpoblada Buenos Aires y sus tradicionales Belgrano y Barrio Norte —que ahora eran los nuevos barrios bajos— y se había asentado en las periferia de la Ciudad Vieja, allí donde se había construido el antiguo Cinturón Ecológico, con sus cercas de seguridad y su policía privada. Y de su descendencia salían los que merecían el “honor” de explorar el espacio. De allí y de los eternos *chantas*.

Yo había surgido de este último grupo. No tenía la menor idea de qué era lo que propulsaba a las naves o de cómo se calculaba una ruta; me limitaba a apretar los botones correspondientes y las computadoras hacían todo el trabajo. Lo único que me había intere-

sado de este trabajo era la posibilidad de entrar en la ruta comercial Sol-Alfa de Cuervo y poder vestir el uniforme de Viajero, porque el astropuerto de Rávena ofrecía muchas emociones y me permitía el “levante” de alguna nativa que me bancara durante las licencias. Otros puertos eran más difíciles y no se dejaban de escuchar historias acerca de cómo quedaron los humanos que intentaron acoplarse con ciertas criaturas bien extrañas.

Pero luego vino aquel malentendido, esa injusta acusación sobre contrabando, y me trasladaron el Cuerpo de Exploración. Y así llegué a Ilios IV: con el ominoso precedente de dos misiones abortadas sin ninguna explicación —lo que obligó a preparar una costosa nave Delta: unidad de crucero y módulo de reconocimiento—, con el descubrimiento de una cosa que revolvía lo más profundo de mis temores, y con la certeza de una noche en soledad.

Al día siguiente —o, por lo menos, así me pareció— intenté retornar hacia el módulo de desembarco. En el camino —monótono en sus tonos de gris— me topé con un par de sorpresas desagradables: los cadáveres de Howes y de Di Lorenzo.

Se hallaban bastante distanciados y en condiciones totalmente diferentes. Di Lorenzo estaba recostado contra una duna, semienterrado hasta la cintura, con su traje completamente destrozado, la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta en un grito eterno, acallado por toda la arena que le rellenaba la garganta, la nariz y los oídos; Howes estaba caído de bruces,

exangüe y envuelto en una especie de tela de araña.

No pude dejar de estremecerme y apuré mis pasos. Tuve que dejarlos donde estaban; no tenía forma de llevarlos conmigo ni de enterrarlos dignamente. Mis pensamientos eran un hervidero de ideas descabeheadas y cada sombra era un peligro desconocido. No sentía un temor que pudiera llegar a ser pánico, pero me preocupaba el no poder hallar una respuesta.

Finalmente, pude distinguir la silueta del *Fisgón*. Una exclamación entrecortada se transformó en eco dentro de mi casco. Desde donde estaba, me pareció ver a Lindemann en el interior de la nave, forcejeando con algo gelatinoso y cambiante como una masa de serpientes. Al mismo tiempo, vi cómo aquella cosa que me había perseguido el día anterior se precipitaba hacia mí desde un flanco.

Ya era tarde para escapar; ya era tarde para cualquier cosa.

Aquello era un torbellino de sombras que me envolvía y se fundía con mi ser; una negrura como la noche más oscura: asfixiante, informe. Aterradora. Y en medio de esa vorágine de sensaciones imposibles creí acceder a unos monstruosos conocimientos del Universo, a unos planos de conciencia inhumanos, comprensibles sólo parcialmente.

Vislumbré abismos de tiempo de magnitud abrumadora, anteriores y posteriores al Origen, y vi el centro del Todo tal como sólo unos pocos pueden llegar a imaginarlo. Una voz,

una vibración, pulsaba en las células de mi cerebro con un ritmo totalmente desconocido, pero, que transmitía unos conceptos que comenzaron a generar nuevas imágenes en mi mente. Y esas imágenes me hablaban. Y yo las comprendía.

—Este lugar no es para tu raza; está más allá de sus posibilidades. Somos la consciencia, el alma de una civilización que floreció cuando este planeta era fértil y crecía; nosotros también crecimos y logramos la fusión de nuestros espíritus y ya no importó lo que ocurriera con este mundo. Porque estamos con él; somos él.

“Por eso es imposible que ustedes se mezclen con nosotros, que pisen este suelo. Sus mentes primitivas se desquician el entrar en contacto con nuestros pensamientos, con nuestra esencia, y liberan —materializan— los monstruos y los miedos que ocultan en lo más recóndito de sus conciencias. Y uno de sus mayores temores es el de la muerte.

“Pero tú no le temes. Aprovecha entonces e informa a los tuyos que este mundo les está vedado. Ve, díles y no vuelvas. Te compadecemos.

No supe nada más hasta que recuperé el conocimiento. El paisaje era gris y desolado; la única nota de color la daba la nave, que resplandecía como una langosta metálica lista para levantar vuelo. En su interior esta-

ba caído el Alemán, cubierto por picaduras de serpientes. Pero yo sabía que en ese planeta no existían tales alimañas.

Recordaba un sueño pavoroso en el que una entidad no humana me perdonaba la vida, confiándome una tarea de mensajero. En mi interior temía que se tratara de algo más que de un sueño. Me comuniqué con el comandante en *Mamá Gansa* y le conté lo sucedido; cuando me pidió más explicaciones le dije fastidiado que luego le presentaría el informe. Yo tampoco llegaba a comprender todo. Quizá no entendía nada.

Encendí los motores del *Fisgón* y esperé a que la computadora de a bordo programara una ruta de encuentro con *Mamá*. Me senté en mi butaca, aguardando el momento del despegue, y una oleada de verdadero espanto se apoderó de mí cuando finalmente todo se me hizo claro.

No había merecido ningún tipo de perdón; aquello no había sido una demostración de piedad, sino la broma más macabra que pudiera llegar a imaginarse, la más evidente demostración de la incompatibilidad entre dos razas, un tormento comparable al de un gigante que se divierte arrancándole las alas a un mosquito: una vez más me veía arrojado a la vida.

© SANTIAGO OVIEDO, 1987-2006

SANTIAGO ENRIQUE OVIEDO (Argentina —Buenos Aires, 1960—)

Quizá no sea muy ético “autopublicarme”, pero fue uno de mis primeros relatos de CF (GAUT VEL HARTMAN consiguió que escribiera algo más que terror).

En puridad, un “cuentito” que me sigue gustando y que deseo compartir.

HACEDORES DE “NUEVOMUNDO” (I)

Este listado incluye a los escritores que colaboraron en las 16 entregas de la desaparecida **Nuevomundo**. Junto al nombre de los cuentos figuran los números de la revista y de la página donde fueron publicados. En el cúmulo de creadores es posible observar nombres conocidos y que han perdurado en el tiempo, los de otros que ya no están y los de algunos que han dejado la pluma de lado. Pero todos ellos merecen ser rescatados del olvido y evocados en este pequeño homenaje de reconocimiento.

- ANGELI, DANIEL MARIO: *Los “blues” de Miguelito* (5-11).
- ALTAMIRANO, JOSÉ: *Muchas muertes* (8-32); *Hombrecillos verdes* (8-34); *Maravillosa naturaleza* (10-45).
- BARBIERI, DANIEL: *Vida artificial* (1-11); *Él vendrá por mí a medianoche* (2-38); *Nunca se sabe cómo empieza* (5-30); *Fuera de vuelta* (7-4); *Domún* (13-23).
- BELOTTINI, FERNANDO A.: *De los peligros de las historias mal contadas* (11/12-11).
- BUGALLO, DANIEL: *Algo raro está pasando* (7-42); *Siempre se pierde algo* (9-48); *Para bien de la comunidad* (11/12-67).
- CARLETTI, EDUARDO JULIO: *Al Universo no le gusta* (1-28); *Un largo camino* (3-5).
- CARRASCO BALMACEDA, JOSÉ L.: *La absorción* (11/12-19).
- CARSON, TARIK: *El inmortal* (2,64); *La giba* (6-21).
- COLLAZOS BANDEIRA, HÉCTOR: *Las dos lunas* (15-18).
- COTS, FERNANDO JOSÉ: *Los invasores del sábado* (11/12-86).
- CURTO, ALBERTO: *Los ratones* (5-15).
- DORADO, FABIÁN: *Victoria* (8-28).
- DOS SANTOS, MARCELO: *La vigilia* (4-11); *Salir de la esfera* (8-36).
- ESCUADERO, ADRIÁN: *Hermano de las estrellas* (7-33).
- FIGUEIRIDO, VERÓNICA: *Amber* (2-11).
- GAUT VEL HARTMAN, SERGIO: *El juntador* (1-5); *El amor, el valor* (3-55, con GRACIELA PARINI).
- GREENBERG, ALBERTO: *Una mente receptiva* (2-17),
- GOLDMAN, EDUARDO: *El ataque* (10-2).
- GÓMEZ MELCHIONA, SUSANA: *Habitantes* (11/12-4).

GUARAGNO, LILIANA: *El enigma* (7-27).

HADGES, ALEJANDRO: *A la espera de Ellos - Ellos - Luego de Ellos* (14-3).

INWINKELRIED, ÁNGEL MARIO: *Códice de un sueño* (1-54).

LEMES, CARLOS ARIEL: *Vigilancia rota* (5-4).

LEÓN, MAURICIO: *Un experimento personal* (1-35).

LÓPEZ, GERARDO: *Pornografía* (3-93).

LÓPEZ, JOSÉ MANUEL: *Apocalipsis 3* (6-10); *El juego de la verdad* (9-36).

MATELO, HÉCTOR: *Mala suerte* (2-25).

MONSALVE VARAS, ADRIANA: *En los claveles del jardín* (4-4).

MORHAIN, JORGE CLAUDIO: *El viejo* (6-3).

MOUJÁN OUTAÑO, MAGDALENA: *Sabotaje docente* (9-4).

MUÑOZ, PABLO: *El sonido de las máscaras* (16-3).

NOGUEROL, CLAUDIO OMAR: *Circuito atemporal* (4-19); *Aclaraciones sobre "Circuito atemporal"* (9-27).

O'SHEA, JOSÉ: *Renacer* (10-23).

OBES FLEURQUÍN, FÉLIX: *Anoche levantamos la compuerta para dejar entrar el aire fresco* (9-27).

OESTERHELD, HÉCTOR GERMÁN: *El árbol de la buena muerte* (1-56).

OVIEDO, SANTIAGO ENRIQUE: *La habitación 13* (5-46); *Tercer Subsuelo, Sector G* (7-8); *Tercera expedición a Iliros IV* (11/12-37); Los Pagos 9: *Tensión de encendido* (13-13); Los Pagos 10: *Entonces, las batallas* (14-10); Los Pagos 11-12: *Sol incaico y huaca* (15-52).

PARINI, GRACIELA: *El amor, el valor* (3-55, con SERGIO GAUT VEL HARTMAN).

PEÑA, MIGUEL ÁNGEL: *El sueño del pibe* (16-50).

SAYEGH, ESTEBAN: *Cuando el mundo se está desmoronando tú haces lo mejor que todavía queda a tu alrededor: nada* (10-41).

TOMASI, RUBÉN C.: *El espejo* (11/12-82); *Soñar no cuesta nada* (13-9).

VANASCO, ALBERTO: *"Procol Harum"* (2-2).

VÁZQUEZ, CARLOS DANIEL J.: *El hombre que superó todos los récords* (16-46).

ZÁRATE, CARLOS A.: *Siempre fue ciega* (15-9).

ZURETTI, NORBERTO: *La mujer del taxi* (10-8); *De la casa de las cintas rojas* (11/12-41).

LO ÚNICO QUE HACEMOS ES DESEAR

SAURIO

Alinean los cadáveres en la calle. Uno de ellos es el mío, o eso creo. Es difícil saberlo, y no sólo porque los cadáveres están desfigurados. Las percepciones cambian completamente cuando uno está muerto. Nada que ver con lo que dicen aquellos que afirman haber vuelto de la muerte. Uno no ve su cuerpo mientras su alma se aleja hacia un túnel de luz, porque no hay ojos, ni orejas, ni narices ni ningún otro órgano por el cual percibir. De muerto no se ve, ni se oye ni se siente nada. Esto no quiere decir que no haya percepciones. Las hay, y a montones, pero son todas diferentes a las de cuando uno está vivo. Por supuesto, no se las puede nombrar porque, como durante la vida no se las experimenta, no existen palabras en el lenguaje para hacerlo. Los muertos no utilizamos palabras para comunicarnos entre nosotros, así que tampoco las llamamos de ninguna manera. No tenemos necesidad. El desear comunicar algo ya es comunicarlo. Quizá esto sea un efecto de la au-

sencia de tiempo. Acá el tiempo no corre. Por ejemplo, en el “ahora” del comienzo de este relato están alineando los cadáveres y en el “ahora” de ahora eso ocurrió hace veinticinco años. Y ahora faltan cuarenta y cuatro años para que eso ocurra. Y ahora la masacre sucedió hace sesenta y nueve millones trescientos veinticuatro mil ochocientos treinta y siete años y nadie la recuerda. Ahora se acaba el universo. Ahora se origina el universo. Es así la cosa, el tiempo lineal y unidireccional no existe para nosotros, es simultáneamente un campo infinito y un punto, desear estar en un momento determinado y en un lugar determinado es estar en ese momento y en ese lugar. Yo deseo escribir este relato y escribo este relato. No sé por qué la escritura de este relato en el mundo de los muertos tiene su correlato en el mundo de los vivos, quizá mi deseo está intersecando algún sector del espacio-tiempo. Suelen suceder esas cosas. A veces los vivos las llaman fantasmas.

Están alineando los cadáveres en la calle. Tienen que quedar bien para la foto. Los cadáveres alineados y bien ordenados, todos apuntando para el mismo lado, hacen un mejor efecto en las fotos, impresionan más, la gente que queda viva dice “¡uy! ¡cuántos que murieron!”, desparramados no llaman tanto la atención, sólo dicen “murió gente”. También quedan bonitas las fotos de los objetos perdidos en la masacre, un par de zapatillas rotas y sin dueño dan una sensación de ausencia que ni te cuento. Impresionan más que un cuerpo sin vida y desfigurado porque la gente las puede mirar de frente sin asco y sentir que simbolizan la muerte del que las usaba. Quien quizá sigue vivo, pero no importa, porque esas zapatillas son un símbolo de la tragedia, son la tragedia en sí.

Yo estoy aquí. De vivo y de muerto. Mi cadáver es uno de los que están alineados en la calle. Los periodistas están hablando junto a nuestros cuerpos, dicen cada estupidez que me da vergüenza repetirlos. No saben nada de lo que pasa. Nosotros sí, porque estamos muertos y podemos tar el momento en que todo comienza. *Tar* es una de las percepciones que uno tiene de muerto. La llamo así porque es medio como estar y un poco parecido a ver. Podría llamarla klopecurueacompobulear, pero prefiero tar, es más cómodo y sencillo.

Tocan Inadaptados Irrecuperables, la banda del momento, el orgullo del Oeste suburbano, la promesa de los desposeídos. No sé qué hago

yo, en el recital, porque odio a Inadaptados Irrecuperables y sus letras obvias, llenas de golpes bajos y frases demagógicas dirigidas a un público resentido y de bajo nivel cultural. O sea, sí sé qué hago yo, me han regalado una entrada y me da pena que se pierda. Llámenme tacaño o lo que sea, no me importa, total, estoy muerto y los insultos no me afectan. Además, las minas que van a ver a Inadaptados Irrecuperables están todas más calientes que una coneja ninfómana. No todas están lindas, en realidad la mayoría son bastante feúchas, medio gorditas y con ese flequillo ridículo que las identifica, pero a mí no me importa mucho cómo se ven, lo importante es ponerla, y con las *fans* de Inadaptados Irrecuperables eso es algo seguro. Así que supongo que ustedes me entienden cuando digo que no sé y sí sé qué hago yo aquí, en el recital.

Están tocando “Nena viciosa, vení y sobámela” cuando entran las tropas de asalto. Quizá me faltan reflejos o estoy demasiado distraído mirándole las tetas a la pendeja que está al lado mío y por eso no atino a huir. Tiene buenas tetas la mina y es lindo vérselas saltar en la remerita sudada. ¡Cómo me hubiera gustado chuparle esos pezones duritos y hundir mi nariz en su tajo húmedo y carnoso! Pero ahora estoy muerto y ya no puedo ni chupar, ni tocar, ni oler, ni nada. Puedo jamar, gurbar, fexkir y grañer, pero no es lo mismo. Ni siquiera es parecido, y aunque lo fuera, no hay pezones ni conchas ni culos paraditos en el mundo de los

muerdos. Apenas podemos decir que tenemos identidad, y esto es más por inercia atávica que por otra cosa.

Los periodistas están diciendo otra cosa junto a nuestros cadáveres. No mencionan a las tropas de asalto. Los menos informados culpan a alguien que tiró una bengala, los que más saben dicen que es un enfrentamiento entre los seguidores de Inadaptados Irrecuperables y los de Huinca Code. Es una rivalidad que viene de lejos la que existe entre Inadaptados Irrecuperables y Huinca Code. Dicen que es porque ambas apuntan al mismo nivel socioeconómico de clase media baja suburbana, aunque Inadaptados apela a los sentimientos libertarios que todos tenemos mientras que Huinca apunta a nuestros sentimientos más reaccionarios y nacionalistas. Algunos se sienten desconcertados de que una banda con un discurso tan patrioterero como Huinca Code tenga una palabra en inglés en su nombre, no saben que en realidad es una palabra en mapuche o *mapudungum* que significa "idiota" y que califica al "hombre blanco" de la otra palabra. Es una confusión muy común en este mundo globalizado, como decir "absaid" por "ábside" o "uans" por "once". No, no se rían, escucho a más de uno pronunciar mal esas palabras. Yo creo que los que Huinca Code lo hacen a propósito. Eso o son más idiotas de lo que parecen. Lo cierto es que los *fans* de una banda odian a los de la otra y viceversa. Pero las tropas de asalto que nos matan no son todos *fans* de Huinca

Code, aunque algunos sí lo son. A las tropas las manda Ignacio Bocarrubia, el exitoso empresario líder del neoliberal partido "Iniciativa Republicana", en parte en venganza contra Inadaptados Irrecuperables porque no permiten que sus temas suenen en la radio propiedad de Bocarrubia, en parte por un ajuste semimafioso con Jaime Gamine, el dueño de Paradisco, el boliche donde toca Inadaptados Irrecuperables, y en parte para perjudicar la buena imagen de su rival político y actual alcalde de Concesión, el siempre simpático aunque no siempre honesto Ricardo Cohen. Yo lo sé porque toy en el preciso instante en que le da la orden a sus sicarios. También toy en su cabeza y pato sus pensamientos, así que sé cuáles son sus intenciones. Podría decirse que patir es como escuchar y sentir de forma empática y telepática, de la misma manera en que podría decirse que oler es gustar por la nariz, no sé si me explico. Digo que el ajuste que Bocarrubia le hace a Gamine es semimafioso porque por un lado se debe a que el último es su principal competidor en el mercado de los espectáculos de *rock* y por otro a que Gamine le roba la novia a Bocarrubia cuando ambos van al Colegio "San Emerencio" de los Hermanos Maratistas. Bocarrubia quiere también ocupar la alcaldía de Concesión y no tolera haber perdido las últimas elecciones.

Si bien quienes nos matan son otros, es Bocarrubia el que manda matarnos y por eso muchos de los que morimos deseamos vengarnos.

Nuestro deseo de venganza interseca el espacio-tiempo cuatro años, seis meses y veintidós días más tarde de la Matanza de Paradisco, que es como llaman los medios a nuestra muerte, aparecen pruebas que lo incriminan en este hecho y, además, como capo de una red de narcotráfico y prostitución infantil. Lamentablemente el escándalo ocurre cuando estalla la Decimoquinta Guerra Intercontinental y la gente no puede concentrarse en humillar a Bocarrubia como deseamos. La marea de los acontecimientos históricos es más fuerte y nos sobrepasa. Nuestro deseo de venganza interseca el espacio-tiempo veintidós años antes de la Matanza de Paradisco y corre el rumor en el Instituto Nuestra Señora del Sufrir Incontenible, donde estudia la novia de Bocarrubia, que a Ignacio le gusta que le carguen carne por la popa y entonces Cristina Veraefgie rompe el adolescente idilio que los unía y le presta atención al acoso romántico y sexual de Jaime Gamine. En cierta manera sentimos que sellamos nuestra propia suerte, así que nuestro deseo de venganza interseca el espacio-tiempo y logramos que Bocarrubia se caiga de las escalinatas de su mansión a los setenta y ocho años, se quiebre las caderas y muera de septicemia.

Por los tubos de ventilación se deslizan los hombres de Bocarrubia. Otros entran por las puertas traseras del viejo galpón de ferrocarril devenido boliche de *rock*. Algunos de los guardias de seguridad contratados son agentes de Bocarrubia y por eso las salidas de emergencia están blo-

queadas. Otros guardias de seguridad contratados no son agentes de Bocarrubia sino cadáveres degollados por sus compañeros conjurados. Los músicos de Inadaptados Irrecuperables son los primeros en morir, así aprenden que con el Zar del *rock* nadie se mete. El público espantado intenta huir, pero no tiene escapatoria. A mí me mata una bala entre los ojos aunque las otras siete también podrían haberlo hecho. Sólo es una cuestión de cuál llega primero. Las balas salen de la metralleta que empuña el Nene Alonso, presidente del club de *fans* de Huinca Code y concejal por Iniciativa Republicana. Mi deseo de venganza interseca el espacio-tiempo y su madre muere cuando el Nene tiene seis años. El deseo de venganza de Nelly Ramírez de Alonso interseca el espacio-tiempo y a mí me regalan una entrada para ir a ver a Inadaptados Irrecuperables. A Mónica Vivaldi, la pendeja de las tetitas saltarinas, las esquirilas de la granada que arroja Esteban Pandolfo le dejan la cara hecha una albóndiga semicocida. El deseo de venganza de Mónica Vivaldi interseca el espacio-tiempo y un reflector cae sobre la cabeza de Pandolfo. El deseo de venganza de Esteban Pandolfo interseca el espacio-tiempo y al hermano de Mónica lo devora un tiburón cuando festeja el 50º aniversario del fin de la Decimoquinta Guerra Intercontinental en la Reunión de Ex Combatientes en Mar de los Hipocampos. El deseo de venganza de Roberto Vivaldi interseca el espacio-tiempo y Pedro Panne d'Olfo es atravesado por el puñal

de Sancho Talarga luego de que éste lo encuentra fornicando con su hija adolescente. El deseo de venganza de Pedro Panne d'Olfo interseca el espacio-tiempo y hace que el traje presurizado de Emilio 5-Narciso se rompa cuando explora la superficie de Ganimedes. También el deseo de venganza de Pedro Panne d'Olfo interseca el espacio-tiempo y logra que el general Hugo Talarga sea capturado por sus enemigos y deportado a la inexpugnable Isla de los Mil Demonios. El deseo de venganza de Emilio 5-Narciso interseca el espacio-tiempo y la trompa de un mamut quiebra la columna vertebral de T'kkerhwel. El deseo de venganza de T'kkerhwel interseca el espacio-tiempo y Cayo Quinto Vapuliano es emboscado y asesinado por una horda de bárbaros. El deseo de venganza de Cayo Quinto Vapuliano interseca el espacio-tiempo y hace sufrir a un ancestro o un descendiente de cada bárbaro una muerte dolorosa. Éstos a su vez hacen lo mismo con los ancestros o descendientes de quienes les inflingieron la muerte dolorosa.

“Y así sucesivamente” debería seguir la frase anterior, pero esto implicaría que la cadena de deseos de venganza es secuencial y consecu-

tiva en el tiempo, cuando en realidad no lo es. No hay un inicio en esta cadena, no hay un final en esta cadena porque no hay cadena. Si acá existiera el tiempo diría que todo transcurre en el mismo momento, pero como acá el tiempo no existe no lo puedo decir. Los muertos estamos fuera del tiempo. No hay transcurrir. Ése es el defecto principal de las descripciones de la Eternidad, que parece un tiempo sin fin que uno experimenta sin sentir sus efectos adversos, cuando en realidad la Eternidad no dura nada. Aquí no hay principio ni medio ni fin. Acá lo único que hay son muertos, todos los muertos del universo, sin distinción de especie, orden, clase, familia, reino o planeta. Todo lo que está vivo está acá. “Y siempre estuvo” diría, si no fuera que “siempre” y “estuvo” son palabras a-tadas al tiempo, pero sí, todo lo que está vivo siempre estuvo acá. Salvo cuando ocasionalmente el deseo de alguno interseca el espacio-tiempo y nace.

Porque ocasionalmente nos parece interesante sentir las limitaciones del espacio y del tiempo.

Ocasionalmente, claro.

Más sería vicio.

© SAURIO, 2006

SAURIO (Argentina —Buenos Aires, 1965—)

Este pintoresco personaje, asiduo colaborador de la revista **Axxón** e “irresponsable” de **La Idea Fija**, se caracteriza por manejar una pluma mordaz e irreverente. Entre otros logros, escribió dos novelas, dos libros de poemas y uno humorístico.

Con semejante pedigrí, no podía dejar de aparecer en las páginas de **NM**.

UN VIAJE AL AYER

SERGIO GAUT VEL HARTMAN

Que el ayer es un territorio inhóspito no lo discute nadie, ni siquiera los nuevos poetas de cibercafé, esos que elucubran sus versos utilizando mecanismos electrónicos implantados en la glotis, mientras avanzan a los tropezones entre toneladas de basura tecnológica. Pero antes de eso lo habían explicado los conductores mediáticos desde las pantallas de plasma de los televisores. Y también lo escribieron en los muros suburbanos los adictos perdidos, rociando las ruinas con ácidos y gel y lo cantaron los viejos programas piratas, carcomidos por la herrumbre. Nada de eso importa, o es otra historia.

Aquí, ahora, el ayer es tema preferido de unos mesiánicos patéticos, unos tipos de dos por cuatro, muy viejos, viejísimos, aturdidos por el café, la nicotina y otras hierbas en el famoso bar de la calle Corrientes, donde sobreviven de puro guapos y hastiados.

—Recuerdo —dijo Fermín, borracho de fármacos genéricos comprados en puestos callejeros— cuando

lloraron las orquestas por última vez. Yo tendría... déjenme ver... menos de veinte. Las nubes de ácido gris todavía no se habían descolgado por las paredes descascaradas de los edificios y en las terrazas podían divisarse las noches suaves, alejándose como ruidos de estática, arañándose la mente por dentro, reacias, eso lo digo yo, reacias a morir por completo.

—Eso digo yo también —apoyó Laureano, mirándose con asco los implantes que le habían encajado en el Argerich; implantes de segunda, como siempre, conseguidos clandestinamente—. Mis días de romántico terminaron, carcomidos sin querer por la electrónica y los nuevos saberes, ¿entienden? No sé qué día maldito la bohemia se disolvió entre las imágenes de cristal de fósforo que nos herían las retinas y esos residuos de plástico negro, pero les aseguro que algo se rompió para siempre. La puta que lo parió.

Morían matando, los viejos esos. Nada quedaba de la frágil juventud

que habían ostentado en la época anterior al *software* y las redes, pero no estaban dispuestos a entregarse. Mientras apuraban copas de ginebra reciclada con gusto a resina o sorbían lentamente el líquido oscuro destilado de escoria de alubias negras, imaginaban cómo fugarse a un universo alternativo.

—Nos queda la fantasía —dijo Bruno. Bruno creía que toda la realidad estaba aprisionada en el espacio comprendido entre sus labios y los de Mimí, un encanto de mujer. Pero Mimí había entrado en el pasado y le resultaría muy difícil sacarla de donde estaba.

—Con la fantasía no se viaja —objetó Wilson. Era, de lejos, el más refractario a las búsquedas, el más escéptico. Le decían Wilson porque había vivido en el Gran País del Norte o porque había trabajado en el frigorífico homónimo, no estaba del todo claro. Su verdadero nombre le daba vergüenza y los demás eran muy respetuosos de esas cosas.

—Lo que quebró los sueños —dijo Laureano, más para ayudar a Bruno que para refutar a Wilson— es que dejamos de creer en ellos. Pensamos que las imágenes electrónicas eran un buen sustituto, el método que venía a reemplazar a los sueños, que tantas veces son pesadillas, y nos cansamos de luchar. Ahora somos demasiado viejos para tomar las armas de nuevo.

—En el bar del barrio sur, ya saben, el de Boedo y San Juan —dijo Fermín, como si no los hubiera escuchado—, Morovic y sus amigos están

quemando la ilusión con sueños sintéticos. Se conectan a la red de psicóticos del Borda con terminales térmicas que sacaron de la Quema y alucinan coágulos de oscuridad, heurísticas fractales, buzones rojos y taitas muriendo su canción.

—¡Qué poético, che! —dijo Laureano.

Alentado por las palabras de Laureano, Bruno cantó:

—“Mujer de mi poema mejor... Mujer, yo nunca tuve un amor... Perdón, si eres mi gloria ideal... Perdón, serás mi verso inicial...”.

La voz de Fermín, reptando en la atmósfera viciada por las drogas sintéticas que el gallego Mourriño mezclaba en la trastienda del bar para agregar a los restos de coñac que exprimía de las botellas casi vacías, sonó para siempre, pegó la vuelta en el codo de Dorrego y se metió de cabeza en una madrugada de agosto, fría como la nariz de un esquimal, sesenta años atrás.

—¿Funcionó? —Wilson estaba perplejo. La calle Corrientes lucía como en la época de Illia, cuando el brillo de las películas de Fellini apagó por un rato la rabia de la derecha demente.

—Funcionó, por supuesto —dijo Bruno—. Aquí tienen el motivo por el cual nunca perdí las esperanzas.

Para corroborar la afirmación, Mimí entró al bar, con su manera sin par de mover las caderas. El cabello rubio le caía sobre los hombros y una sonrisa pícaro le bailaba en la boca.

—¿Fuimos nosotros o vino ella? —Laureano tocó las protuberancias

que sobresalían de los implantes en dos o tres lugares; no tenía eso sesenta años atrás.

—¿No les dije que al amor hay que darle alas de fantasía? ¿Les dije o no les dije? —Bruno estaba eufórico; fue al encuentro de la mujer y la abrazó y la besó en la boca y los ojos.

—¿Dijiste eso? No me acuerdo.

—Wilson le hizo una seña a Mourinho para que le trajera un vaso de agua; tenía que tragar algunas gotas de hiadizina para estar seguro de que no se había metido en una nueva alucinación polimórfica.

—Ocurrió cuando él cantó —dijo Laureano señalando a Bruno—. Rubia y dulce Mimí, ¿adónde te habías metido?

La mujer se separó de Bruno sin dejar de sonreír y dijo con toda seriedad: —Estuve muerta, todo el tiempo.

—¡Al carajo! —gritó Wilson. Barrrió los pocillos y las copas con el brazo y los arrojó al piso, lo que obligó a levantar la vista a otros parroquianos, inmersos en sus propios asuntos. La zona liberada crecía como una mancha de polietileno derretido y espirales de hilo negro se elevaban hacia el techo formando una intrincada red de reflejos por efectos del neón de la vidriera.

—¡Pará, loco! —dijo Fermín. No se podía levantar de la silla, pero le resultaba perfectamente claro que lo que estaba sucediendo ya lo había soñado en París, en la época que era un refugiado político.

—Tranquilos —dijo Mimí—. Les puedo explicar todo.

Si la bruma ácida era capaz de recrear sin errores el cuerpo y el alma de los muertos, la nueva pesadilla artificial los tenía agarrados del cogote; una sensación de agobio los cubrió por completo.

Wilson se serenó, levantó la silla y le hizo una seña para que se detuviera a un negro enorme que se había desplegado en etapas hasta ocupar todo el horizonte. El negro parecía dispuesto a desarmarlo pieza por pieza. Wilson estaba construido con más de cien mil piezas.

—Si te llevara afuera de este lugar —dijo Bruno con los ojos llenos de lágrimas—, ¿seguirías existiendo?

Mimí no contestó de inmediato. Se acercó a la mesa, retiró una silla y se sentó, anticipándose al gesto galante de Laureano. En sus pasos se adivinaba cierto cansancio, como si hubiera caminado años y años sin parar. Wilson y Laureano también se sentaron.

—Si les digo que la gloria del pasado es un fármaco sintético, urdido por un virus creado de apuro, por aquellos muchachos del viejo café...

—¡Ni digas esas cosas, Mimí! —gimió Bruno—. No puedo pensar que tu existencia depende de la ingeniería química, o de un simulacro creado por los diseñadores de sueños... y menos por los caprichos de esos... de esos...

—¿Por qué no? ¿Sería mejor si les dijera que funcionó como un conjuro, a la vieja usanza?

Hasta Mourinho alzó las cejas al oír la palabra que vinculaba el mundo de los sentidos, el mundo que

podía manipularse con sustancias de síntesis y el *software* adecuado, con el impredecible y ambiguo mundo mágico.

—¡No estás hablando en serio!
—Fermín buscó con la mirada y halló lo único que cabía en el escenario que habían creado: un elemento disruptor, un factor aleatorio e inesperado que abortara el avance incontestable de una falsa realidad. Recortadas en la puerta del bar, las odiadas figuras de Morovic y sus amigos proyectaban sombras sobre la tenue fosforescencia. Llevaban, como siempre, los cascos de conexión a la red de psicóticos del Borda, aunque a Bruno le parecieron los fantasmas de los drugos de Burgess, con bastos de madera en las manos, listos para hacer un desastre.

Bruno fue el primero que advirtió lo que ocurría. Extendió el brazo para retener a Mimí, pero la mano atravesó el cuerpo de la mujer, quien sin dejar de sonreír empezaba a despedirse.

—Fue hermoso, muchachos —alcanzó a decir. Antes de que Morovic y sus amigos llegaran a la mesa se había desvanecido en el aire; una formación de reflejos de neón cromático y chisporroteos azules se entrelazaron, ocupando el espacio que un instante antes pertenecía a su cuerpo.

Laureano, con los ojos fuera de las órbitas, advirtió de inmediato que el arabesco de fluidos acuosos que quedó grabado en la bruma era el nombre de la mujer: un nombre escrito por la mano del pasado.

—En la vieja mesa del café del barrio sur, en Boedo —dijo Morovic sin pestañear— hemos grabado los nombres de todas las mujeres que conocimos, ¿se dan cuenta de lo que significa?

Bruno dejó colgar los brazos, vencido. ¿La había perdido? ¿Acaso alguna vez la había recuperado? No tenía fuerzas para pelear con Morovic, como había hecho tantas veces. Combate dialéctico. ¿Para qué? Ambos estaban demasiado viejos para seguir esa guerra.

—Váyanse —dijo Wilson—, déjenlo en paz.

Morovic y sus amigos giraron al unísono, como maniqués montados sobre ejes de cromo, y se perdieron entre las sombras de Corrientes.

—Se van por donde vinieron —dijo Fermín.

—Anoche —dijo Bruno apesadumbrado—, el mismo demonio, en otro lugar. Es una sombra que me persigue.

—Hay que correr algunos riesgos —dijo Laureano—, si uno se empeña en recuperar el pasado.

—Mouriño —dijo Fermín—: traiga algo fuerte, que nos reviente el coco, por favor, gallego. —Mouriño se encogió de hombros. Eran buenos clientes los viejos; siempre pagaban, y ni siquiera discutían el precio. Mezcló un poco de Pernod, que siempre guardaba para las ocasiones especiales, con el contenido de un sobre de novizone. ¿Querían volarse el coco? Les daría con qué. Cubrió la distancia que lo separaba de la mesa y sirvió la mezcla en los

mismos vasos sucios de mil sustancias. Por lo que podía importar...

—Al volver... al volver al lugar en el que estaba... —Bruno se atragantó con el Pernod; todavía faltaba mucho para que el novizone le hiciera efecto.

—No estaba en ninguna parte —dijo Laureano—. Tendrás que acostumbarte a vivir con el recuerdo, como hasta ahora.

—¿Se dieron cuenta de su apariencia frágil, de su tersa juventud, incorrupta? —Bruno estaba a punto de caer al abismo. Fermín lo instó a que bebiera el Pernod con novizone hasta el final y tuvo éxito. La voluntad debilitada por la nueva realidad que empezaba a construirse puertas afuera del bar, evocaba los perfumes y las formas del pasado. Fermín le guiñó el ojo a Laureano y una mueca, lo más parecido a una sonrisa que cabía en los labios del viejo, se dibujó durante un instante.

—De un olvido pueden sacarse varios recuerdos —dijo Wilson, ni más ni menos áspero que otras veces.

—De una mujer que se durmió sin querer pueden sacarse varias vidas vírgenes, sin usar —dijo Bruno, como si estuviera de regreso, victorioso. El novizone estaba haciendo un buen trabajo, aunque casi con seguridad no le permitiría ver la luz del día siguiente.

En el espacio vacío, sobre listones de metal opaco, entre cables retorcidos y programas de estímulo sintético múltiple, los mesiánicos barbudos cantan sus últimos poemas. Están casi ciegos y casi no se dan cuenta cuando el café de ayer naufraga miserablemente en el mañana. Pero doy fe de que naufraga. Puntualmente. Todos los días. A la misma hora.

© SERGIO GAUT VEL HARTMAN, 2004

SERGIO GAUT VEL HARTMAN (Argentina —Buenos Aires, 1947—)

Este ya fogueado colaborador de **Nuevomundo** y de tantas otras revistas publicó, en el primer número de **NM**, *El último viaje de Octavio*.

En esta oportunidad, describe a unos bohemios e intelectuales de café con los que no puede dejar de identificarse ningún porteño, en un "Tecno-La Paz" que se parece más al original, no al globalizado de esta sociedad posmoderna.



EL EMBALSAMADOR

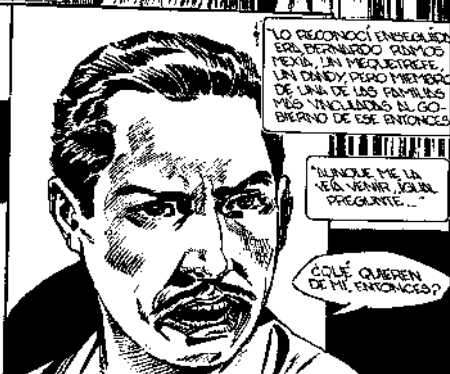


"LA ENTRARON Y LES INDICÓ QUE LA DEPOSITARON EN EL SOFÁ DE LA SALA. LE PEDÍ A MI SALVANTE QUE ME TRAJERA EL ESTETOSCOPIO DE MI MALETA..."

"ENTONCES, EL QUE LLEVA LA LIBRITA LIBRANDO EN LA PUERTA NOVIÓ A BABUCENA..."



"NO, DOCTOR, LISTO NO COMPRENDE LA PIRA DE NOS FUE, YA NO SE PUEDE DECIR NADA..."



"LO RECONOCI ENSEGUIRA ERIL BERNARDO ROMOS MEXIA, UN MEQUETREFE, UN DANDY PERO MIEMBRO DE UNA DE LAS FAMILIAS MAS INFLUYENTES EL GOBIERNO DE ESE ENTONCES"

"¿PORQUE ME LA VAN VENIR IGUAL PREGUNTE..."

"¿QUE QUEREN DE MI, ENTONCES?"



"CLARO, LA CHICA TAMBIÉN PERTENECÍA A LA SOCIEDAD, NO ERA NINGUNA DE ESAS MUÑEGRAS, LEVANTADA DE ALGUN CABARET DEL PUERTO O ALGUNA PROVINCIANITA IGNORANTE."



"UNA FEMEA, DOCTOR, UNA FEMEA EN EL CERTIFICADO... ¿USTED NO PUEDE NEGARSE?"

"Y REALMENTE NO PODÍA, LE DEBÍ FIRMAR A LA FEMEA, MUCHOS ME ACEQUERON A LA JONVEN, ¿ERAN LERMOSES?"



"ESOS BRITOS SEGURO LA VERRÁN COLGADO Y SE LES VA LA MANO... ¡QUE CORRE!"

"EN UN MOMENTO LEVANTÉ LA VISTA Y VI A MI AYUDANTE, EL PESTO UNDOSEBÁN, COMO EN TRANCE, MIRÁNDOLA A SU..."



"TUVE QUE GATIBARLE QUE SE FUERA, ME OBEDECIO A REGAÑONES, Y SE FUE PRONQUEANDO Y MASCULLANDO EN VOZ BAJA."



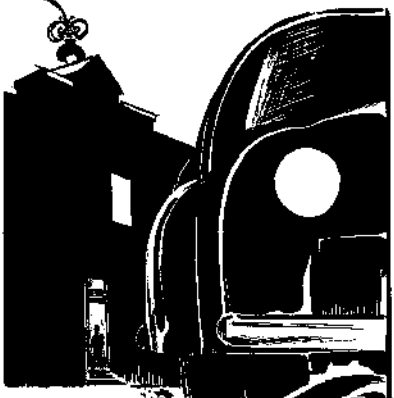


"RESIGNADO LE DICE A DIOSOS MEXICA Y A SUS COMPINCHES QUE NO ME ENCARGARAN, EL CUADRO ESTABA EN LA FUNERARIA DE PRIMERA WORLD, CON SU CERTIFICADO, TODO LEGAL."

"EN ESE MOMENTO NO ME DA CUENTA"



"CERRÉ LA PUERTA Y ANTES DE SUBIR A MI LIBRERÍA, LE ORDENÉ A URBARRUEN QUE DESMONTARA Y PREPARARA EL CADÁVER PARA QUE LA MOJOLERA SE LO LLEVARA EN LA MORNING."



"COMO LE DICE, NO ME DA CUENTA, QUIZAS SERIA UN VORPA, O EL CANSANCIO, PERO EL PETSICO ESTABA EXTRAÑO."



"MÁS EXTRAÑO QUE DE COSTUMBRE."

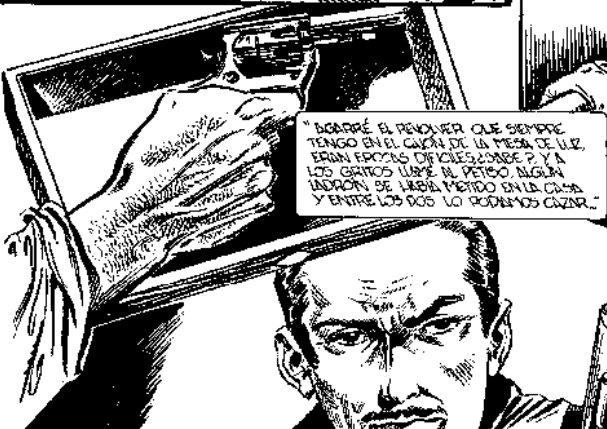


"VAYÁ A MI CAMA, E INTENTE DORMIR. MIERDA SERIA OTRO DÍA, Y MUY DEBILDO POR DEBTO."



"PERO POCO FUE LO QUE PARE DESCANSAR. EL FRISSO NOMBRES SENTI UN PLUIDO COMO DE VIEJO ROTO."

"/ QUÉ MIERDA...! "



"BOCARPÉ EL PENOVIER QUE SIEMPRE TENGO EN EL CASHO DE LA MESA DE LUZ. ERAN FOCOS DIFICILES, OABE P Y A LOS GATOS LUPE AL PETIO. NUNCA LADRON SE HABIA METIDO EN LA CASA, Y ENTRE LOS DOS LO PODRIAMOS CAZAR..."

"HABIA TODO ESTABA EN ORDEN, EN SU LUGAR, NO HABIA SIGNOS DE VIOLENCIA."

"/ LADINARIN! "



"ENTONCES VI LUZ EN MI ESTUDIO. ALGUIEN SE HABIA METIDO ALLI. (CARLO) // Y LADINARIN QUE NO DABA SEÑALES DE VIDA."

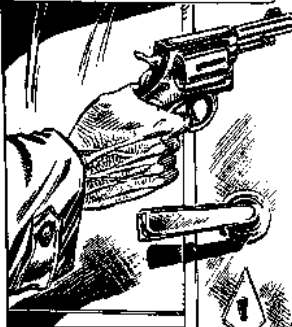
"/ LADINARIN! "



"¿CÁZLES LO HABÍESEN MATADO.
Y EL, OAF, HIZO ESO, ESTABA ALLÍ
EN MI ESTUDIO, ESPERÁNDOME."



"ALGO TENÍA QUE HACER. DESPUÉS
DE TODO TENÍA MI HERMANA, Y ALGO
ES ALGO."



"¡DANICÉ Y RESOLUTO.
BEBÍ LA PUERTA."



"MÁS ESTABA MÁS REBELMENTE. OCHAVADA
ERA MÁS HERMOSA, PERO YO NO
ESTABA PARA DOMINAR LA BELLEZA DE
LAV CADÁVER. NO PARECÍA MUJER, NI DE
ALLÍ, MÁS QUE MIS CADÁVERES."





"ENSEÑARME DI CUENTA QUE UBERIN
DOTO UN VITRINA AL VESTIR DONDE
GASPERON LA UNO JOO DE MI PARACION
UN RECONSTITUYENTE QUIMICO PARA
MI TAREA DE EMERSONADOR."



PERO EL LUNCO
QUE ENDE ES...

"COMPRENDER Y ESCUCUAR
SU VOZ, FUE TODO UN DOTO."



LASTIMA,
DOCTOR...

"ME DA VUESTA, PERO ANTES DE QUE
DUDERE LUCER ALGO, ME PUER
FUERA DE COMBATE, YO TENGO UN
MANDIBALA DE ORETA, Y EL, LO SABIA."



SE LUBRIESE QUELADOO
EN LA CAMA...



"UNERE ESTANDO
ASÍ UN PAR DE
HORAS."

"NO SE PORQUE, PERO CUANDO
DESPIERTE YA SABIA QUE EL PETRO
Y ELLA, NO ESTABAN."



"Y LO PEOR ES QUE SE UBERIN
LLEBIDO EL LIQUIDO RECONSTITUYENTE,
QUE NUNCA NO UBERIN
SIDO PROBADO..."



"NO PODIS ANIMAR A LA POLICIA,
NO QUERIN PROMOVER UN
ESCANDALO LIBRE A UN CORTICARIO
MUY BRIBO QUE ME DEBA
UN PAR DE FANDRES..."



ROMINO, VENITE
PARA AHI, ES
URGENTE...



"EL PETISO LLEVO DE PUTA, OBVIAMENTE, SE HABIA FLUGADO EN MI ALFEO, PERO YO CREIA SABER DONDE HABIA IDO."



"CREIA RECORDAR UNA CASA QUE LA MUJERINA DEL PETISO LE HABIA DEJADO AL MORIR. QUEDABA POR ALIUNA."



"PASANDO EL PUENTE."



"Mientras íbamos por uno de ciertos calles, pensaba en el petiso... en la forma en que había mirado el cadáver de la chica. Después lo traieron"

"SE ENAMORO EL PETISO SE ENAMORO DE UN CADÁVER."

"¿ES SUO BACA?"

"SI ERD POR MI, A PESAR DE LA LLUVA, ME ACORDABA POR HABER VENDO UN PAR DE VEGES..."



"EL COMISARIO NO ERA DE ANDAR CON VUESTRO."



"VENOS, DOCTOR, SI EL PETISO ERD BLAN BLAN, SE VA A IMPREVENTER."



"EL PETISO TAMBIEN ERA JODIDO, ASI QUE HABIA QUE BARRARSE CON CUENDO"

"VENGA TRANQUILO DOCTOR, QUE ACHO NO LEY NADIE ESTE UN POCO OROURO NADIE"





"SENTÍ CERRO CONFUSO ORIGINALMENTE, UN CONSEJERO DE TIJERAS PARA ESPECIALISTAS, FUNCIONABA A LA PERFECCIÓN, TAL CUAL PODÍA CORRERLO MI MISMO... SIN EMBARGO..."



"SIN EMBARGO DESCUBRÍ ALGO QUE ME INQUIETABA AL LADO DE LA PRIMERA JERINGA, LA OTRA, QUE TAMBIÉN HABÍA SIDO USADA..."



"PUEDE HABER HABIDO QUIZAS LO QUE VENÍA..."



"¿QUISO?"

"DOCTOR, VENGA..."



"MIRE QUE EN MI PROFESIÓN SE VEN LOS CUERPOS FRÍOS, PERO ESTO..."

"LO ENCONTRE A UFFENBRUNN..."

"PODRE UFFENBRUNN EN SU LOCALIDAD QUE INVESTIGARE EL LÍQUIDO QUE SE INYECTÓ EN EL CANNULO DE SU FEMORAL. LO CERRO ES QUE EN EL TENDÓN NO CALGABA LA MUERTE Y LA DEGENERACIÓN INSTANTÁNEA..."

"¿OÍ TODA LA ESTABA CALIENTE?"



"Y ESO FUE TODO MUDARLO..."







ENRIQUE DICIERBI (Bs. As., 1964) / DANIEL FRATTINI (Bs. As., 1965)

Esta dupla debutó en el n° 1 con *Gente que busca genes*, que mereció muy buenos comentarios. Y —por lo que se ve— el terror también le sienta bien.

VIDA ARTIFICIAL

DANIEL BARBIERI

Lucas cruzó la avenida Alberdi con cuidado aunque sin obedecer los semáforos, esquivando los escasos ómnibus y taxis que circulaban. Era de noche, y la fuerte iluminación pública de la avenida contrastaba con la absoluta oscuridad de las fachadas y vidrieras; esto le recordaba ineludiblemente que las cosas no eran como antes. Y en consecuencia empezaba a sentirse mal, hasta que llegaba a su pequeño departamento, encendía todas las luces, ponía el televisor y la radio a la vez, y bebía.

Nunca supo por qué había sobrevivido, aunque sí sabía cómo había hecho para soportarlo: simplemente siguiendo su rutina, adaptándose a la ciudad y haciendo de cuenta que nada había cambiado. Esa noche trató de ordenar su mente para llegar a alguna determinación antes de que la borrachera fuese total y terminara desmayándose en el sofá de la sala.

El origen de este situación era bastante lejano. Hacía mucho que se venía perfeccionando la automati-

zación cibernética, pero una ley impuesta por la presión gremial impedía automatizar tareas que los seres humanos podían hacer sin riesgo. Luego vino la imperiosa necesidad de reducir el costoso e inmenso aparato estatal, que ya ningún tributo podía sostener. Lucas recordaba el comienzo del Plan de Servicios y Seguridad Automática (PSSA). Empezó con la automatización de los correos y de las cuentas bancarias de servicios estatales. Recordaba la oficina automática de correos que habían inaugurado en su barrio. A muchos esa oficina les provocaba desconcierto. Para Lucas fue como un juguete nuevo; fue varias veces para enviar una carta a sí mismo o a su familia y horas después o al día siguiente vio cómo una máquina repartidora —una suerte de cartero cibernético— trajo a casa su mensaje. Ningún ser humano intervenía en el proceso.

Poco a poco todos los servicios públicos esenciales fueron automatizados, al igual que ciertos sistemas

de seguridad. Ello implicó un gasto enorme para el Estado, pero ese gasto fue siendo amortizado por los mismos sistemas, ya que —al requerir un costo ínfimo de mantenimiento— quedaba como ganancia la mayor parte de lo recaudado.

Cuando Lucas recordaba ese largo período de transformación sentía mucha lástima por sí mismo, lo que era bastante razonable, pues no había nadie que pudiese compadecerlo. Luego de la automatización vino el desastre.

Se sirvió su cuarto *whisky* doble de la noche y aumentó un poco más el volumen de la radio. A las nueve de la noche la emisora oficial —la única que transmitía— interrumpía su monótona secuencia musical para pasar un boletín de noticias. Este boletín carecía de noticias propiamente dichas, porque no las había, pero intentaba suplir esa carencia con minuciosos informes meteorológicos, efemérides, informes sobre la marcha de los servicios y poca cosa más. Lucas, pese al dolor que le causaba la falta de verdaderas noticias, lo escuchaba con interés. Si bien sus esperanzas eran mínimas, pensaba que, de existir alguna actividad humana, tarde o temprano se registraría en los teletipos del servicio de noticias y no tardaría en aparecer en el boletín de las nueve. Aparte de eso, el boletín tenía su utilidad doméstica. Una vez lo había prevenido sobre un corte de energía en su zona, y en otra oportunidad le había informado que al día siguiente no debía ir a trabajar

porque en su dependencia se haría un operativo de desinfección.

El boletín de esa noche, además de lo usual, incluyó un anuncio desagradable. Dada la escasez de audiencia registrada en el pasado mes y la falta de avisos publicitarios, la emisora estatal de radio y televisión reduciría en una hora sus transmisiones. El anuncio terminaba con la clásica disculpa sobre el déficit presupuestario de la emisora estatal.

Lucas se fastidió. Durante dos años había escuchado estos anuncios trimestrales de reducción de las transmisiones sin darles importancia. Sólo acostumbraba poner la radio y la televisión de noche, durante dos o tres horas. Además, lo único que le interesaba realmente era el boletín de noticias, pues si quería escuchar música o ver una película tenía a su disposición todo el catálogo de grabaciones existentes en las grandes tiendas; sólo tenía que ir allí y comprar el casete que deseara. No obstante, cuando tres meses atrás oyera el anuncio de que las transmisiones se reducirían de tres a dos horas diarias, se alarmó. Existía la posibilidad de que el programa computado previera el cese total de las emisiones y esa posibilidad lo hacía sentirse mal. Aquella vez, durante todo un fin de semana fue de teléfono en teléfono para hacer repetidamente la misma llamada bajo distintos nombres. Elegía un nombre cualquiera de la guía telefónica y, aparentando ser ese sujeto, llamaba a la radiotelevisora para pedir que no redujese los horarios de transmisión. Pronto perdió la cuenta de los llama-

dos que hacía, aunque el domingo a la noche calculó, basado en el dinero gastado y el tiempo insumido, que había hecho no menos de doscientas llamadas. El lunes a la noche, mientras curaba su afonía, oyó con satisfacción decir a la radio “que la reducción prevista había sido dejada sin efecto ante el insistente pedido de la audiencia”.

Ahora tenía que poner en práctica otra vez esa tonta y fatigosa maratón telefónica. Quizá con el paso del tiempo se constituiría en un hábito trimestral, en otra tarea de rutina.

Se sirvió su quinto *whisky* doble de la noche. Ya se sentía mareado como un trompo, aunque todavía conservaba un resto brumoso de consciencia. El televisor pasaba un documental sobre la vida de las langostas marinas. La radio emitía su habitual aviso grabado requiriendo publicidad: “Señor anunciante: publicite su producto por la Radiotelevisión Estatal, un vehículo de cultura para su anuncio”. Pero esta vez reparó que venía con un agregado: “Extraordinario plan de tarifas reducidas”. En la cabeza de Lucas, pesada como un fardo de algodón, surgió una idea. Podía intentar publicar avisos en la radio; eso podía ahorrarle siquiera una parte de la maratón telefónica. Y quizá sirviera, a la vez, para otra finalidad más importante... Lucas cayó en la inconsciencia mientras rumiaba esa idea. Entre dormido y desmayado estuvo tendido hasta las tres de la mañana en su sofá preferido. A esa hora se levantó maquinalmente, apagó la radio y la televisión —que sólo reproducían

estática desde las once de la noche— y se fue a la cama.

A la mañana siguiente se levantó un poco más tarde que de costumbre y mientras se despabilaba con un tazón de café renegrido decidió no ir a trabajar ese día. Probablemente renunciaría a su actual trabajo. Ya había llegado a la conclusión de que todo iba bien en esa dependencia y que empezaba a serle aburrido.

Abrió un paquete de bizcochos envueltos al vacío en celofán y los comió entre sorbo y sorbo de café. No le preocupaba quedarse sin trabajo por unos días. Se cuidaba, eso sí, de formalizar su renuncia antes de que lo despidieran por abandono del puesto; no quería arruinar su impecable foja de servicios. Luego de unos días de ocio, el trabajo se convertía en una necesidad psicológica; su mente ordenada le exigía estar activo para mantenerse cuerdo. En ese punto, conseguir otro trabajo no era problema; el Servicio de Empleos requería constantemente en sus pantallas de anuncios supervisores de mantenimiento para los sistemas automáticos. Podía elegir. Le bastaba con presentarse en la austera oficina del Servicio de Empleo y examinar las ofertas que aparecían en las consolas. Con su foja de servicios limpia podía obtener cualquier puesto, especialmente considerando la falta de competidores.

Además, el dinero seguía siendo necesario. Debía pagar las cuentas de servicios y suministros, los transportes que usaba y las compras personales en los Grandes Almacenes.

Estos pagos se hacían mediante débitos de su cuenta bancaria, algunos en forma automática y otras contra presentación de su tarjeta-clave. En consecuencia, debía engordar periódicamente su cuenta para evitar que los débitos la cancelaran y él caer en la insolvencia. El medio más sencillo para mantener robusta una cuenta corriente seguía siendo un trabajo bien remunerado, lo que se evidenciaba por una acreditación en la cuenta muy superior a los débitos habituales.

Dejó esos pensamientos de lado; no necesitaba preocuparse por el dinero. Para cerciorarse, tecleó en el videoteléfono el código de su cuenta. En la pantalla apareció el saldo actual y los movimientos registrados en los treinta días precedentes. Todo estaba bien.

Un sujeto menos ordenado que Lucas se hubiese tentado con el saqueo y la vagancia. Era fácil entrar en las viviendas deshabitadas y llevarse los billetes que hallase; lo difícil era hallar dinero en el sentido clásico de la palabra, o sea, billetes al portador. Con la casi total automatización del sistema de pagos, el papel moneda era poco usado y la gente solía tenerlo en escasa cantidad, sólo para casos especiales. Por otra parte las tarjetas-clave eran personales e intransferibles; llevaban la reproducción de las huellas digitales y retinianas del titular.

Lucas terminó de prepararse y salió a la calle. La mañana era radiante y se sentía bien. A veces lo maravillaba su buena salud, que mantenía pese a las borracheras y a los alimen-

tos conservados. Respiró hondo el aire de la ciudad, ahora descontaminado por la ausencia durante años de los principales agentes de contaminación. Añoró como otras veces la falta del verde de los árboles y el canto de los pájaros. La ciudad poblada de árboles secos parecía estar en un permanente invierno, y eso no estaba bien. Quizá ese problema tuviese alguna solución. Decidió que su próximo empleo sería en la dirección de forestación municipal.

Cuando llegó a la avenida vio pasar —lejos de su alcance— el transporte colectivo que lo hubiese acercado a su destino: las oficinas comerciales de la Radiotelevisión Estatal. Rezongó ruidosamente. Las frecuencias de los transportes colectivos eran muy espaciadas desde el desastre y perder una unidad significaba un largo plantón. Tampoco veía taxis, que eran más raros todavía que los transportes colectivos; cuando ocurrió el desastre sólo había en la ciudad una reducida flotilla de taxis automáticos, destinada a suplir los taxis comunes en los días de fiesta o cuando éstos no estaban disponibles.

Fue a la cabina telefónica y solicitó un taxi automático. Quince minutos después subía al vehículo y programaba su viaje.

Mientras el taxi sorteaba rápida y escrupulosamente el escaso tránsito, Lucas observaba las casi imperceptibles huellas materiales del desastre. Las *bombas*, por así llamarlas, que habían caído sobre la ciudad fueron relativamente pocas, pero con un punto de detonación elegido de manera que la dispersión de los efectos

fuera el máximo y el daño a las construcciones e instalaciones el mínimo. Cada bomba, en cuanto a capacidad explosiva, apenas podía derrumbar un edificio de mediano tamaño, pero la durísima radiación neutrónica mataba todo lo vivo en kilómetros a la redonda. El control cibernético de Emergencias y Desastres se había hecho cargo de la ciudad. Despejó las ruinas en poco tiempo y reparó los daños en las instalaciones, pero no podía revivir a los millones de cadáveres. Las máquinas actuaron conforme a un programa alternativo de emergencia cuya clave sólo la tenían los responsables del Gobierno, ya muertos por el desastre. En consecuencia, los servomecanismos continuaban actuando sin computar que los seres humanos prácticamente habían desaparecido. Por supuesto que las máquinas detectaban la ausencia de usuarios, pero no estaban preparadas para *pensar* en ello, ni era su función. Ella era velar por que todo siguiera funcionando en la medida de lo posible. Y la cumplían maravillosamente.

Las ruinas fueron demolidas gradualmente y luego cercadas. Ahora parecían baldíos preparados para una futura construcción. Los restos humanos fueron retirados paulatinamente de las calles y lugares públicos e incinerados. Los restos situados en viviendas particulares quedaron allí, pues los autómatas no estaban autorizados a retirarlos, salvo denuncia concreta. Lucas no estuvo en la ciudad durante el primer mes posterior al desastre e imaginaba que por entonces el hedor sería

insoportable. Luego se enteró de que la radiación mató también a buena parte de los microorganismos causantes de la descomposición. Por ese entonces Lucas estaba internado en un hospital experimental situado a unos cien kilómetros de la ciudad, reponiéndose de un grave accidente de tránsito, que había sido fatal para su esposa, y a él lo había dejado muy maltrecho. Allí las radiaciones llegaron atenuadas; una parte de los pacientes y del personal murió a las pocas horas posteriores al desastre. Otros sobrevivieron; entre ellos, Lucas. Días después, la mayoría comenzó a sentir extraños malestares.

Los médicos sobrevivientes postularon una hipotética epidemia “sembrada” por el enemigo, pero no pudieron identificar la bacteria o virus que la causaba. Lucas no recordaba bien la agonía del hospital. Estaba conmocionado por el accidente que lo había llevado allí y matado a su esposa; el desastre consiguiente lo aturdió por completo. Recordaba, sí, que un mes después del desastre no había otro ser vivo en el hospital. Harto de ese lúgubre lugar, se las arregló para conducir una ambulancia hasta la ciudad, con la tonta idea de que todo era una pesadilla y de que le bastaría con volver a su casa para olvidar el horror y retornar a la normalidad.

En realidad, encontró que todo funcionaba normalmente, aunque sin nadie vivo. En un mes los autómatas habían reacondicionado el aspecto de la ciudad. Al poco de llegar le sorprendió observar que las máquinas

repartidoras de correspondencia seguían cumpliendo su trabajo. Si había cartas era porque existían personas que las remitían. Pero él no había visto a ningún ser humano en sus exhaustivas recorridas.

Ese mismo día le llegó la explicación: vio que el autómata depositaba correspondencia en el buzón de su edificio, así que lo forzó y sacó los sobres. Eran notificaciones de despido por abandono de trabajo, avisos de los bancos sobre cuentas en rojo, intimaciones de pago, etcétera. Como los servicios se debitaban automáticamente de las cuentas bancarias de los titulares, los cortes se iban produciendo escalonadamente, a medida que las cuentas iban quedando vacías. Por la noche subió a la terraza de su edificio y comprobó que aún quedaban muchas ventanas iluminadas; ahora, treinta meses después, no quedaba ninguna. Algunos muertos opulentos seguirían contando con suministro de energía, pero nadie había renovado sus lámparas eléctricas.

Lucas bajó del taxi frente a las oficinas comerciales de la emisora. Sin ocuparse por la inexistente empleada de relaciones públicas se dirigió a la consola de información. Pidió la tarifa para avisos; diez segundos de espacio radial costaban mucho y la tarifa televisiva era directamente astronómica para sus posibilidades, pese al “extraordinario plan” de rebajas.

Pregunta: “Tarifa para aviso personal”.

Respuesta: “No previsto. Diríjase a emisoras privadas”.

Lucas lo había supuesto; las emisoras estatales no acostumbraban pasar avisos al estilo de “Juan, tu esposa te espera todavía” o “Quiero comunicarme con aficionados a la danza turca”.

Indicación: “Inserto aviso comercial para boletín informativo radial”.

Respuesta: “Indique frecuencia”.

Indicación: “Diaria, durante treinta días a partir de hoy”.

Respuesta: “Inserte tarjeta-clave bancaria en la ranura”.

Lucas suspiró e hizo lo indicado.

Respuesta: “Propuesta aceptada, salvo censura del texto. Indique texto”.

Indicación: “Lucas ofrece compañía. ¿Sufre las consecuencias del desastre y la soledad? No se quede solo, no se quede sola; le ofrecemos la mejor compañía posible. Llame a cualquier hora al videoteléfono 335-3368”.

Respuesta: “Texto rechazado. Causa: posible infracción a leyes que impiden publicidad de prostitución”.

Lucas estuvo a punto de romper la pantalla. Luego se calmó y luchó durante noventa minutos con la máquina a fin de evitar su estúpida programación llena de censuras. En el minuto noventa y uno, la computadora le aconsejó que se dirigiera a una agencia de publicidad. Al final Lucas se conformó con insertar un aviso sobre charlas culturales, pero lo colocó sólo por una semana, pues esperaba, entre tanto, encontrar un texto mejor. Por otra parte, cualquiera fuera el texto, si alguien escuchaba el boletín radial deduciría que al-

quien vivo la había puesto, y quizá lo llamara. Todo lo que podía perder era dinero.

Eso le recordó que tenía que conseguir otro trabajo. No quería recibir un apercibimiento automático por faltar al que tenía, así que fue al correo más cercano y notificó formalmente su renuncia. Luego se encaminó al Servicio de Empleo, pues—siendo anunciante radial— no podía permitirse el lujo de estar mucho tiempo sin trabajar, tal como proyectaba. El Servicio de Empleo estaba situado a unos dos kilómetros de allí y resolvió ir caminando. Tenía que evitar gastos prescindibles y le vendría bien un poco de ejercicio.

Iba por las calles del centro antiguo de la ciudad, estrechas y viejas, otrora llenas de movimiento, luces y gente. Ahora no pasaba por ellas ni una máquina repartidora de correspondencia. Las calles estaban totalmente vacías y sus pasos retumbaban como en una galería desierta; era siniestro no ver actividad alguna, salvo algunas luces de control en las oficinas públicas. El día se había puesto nublado y gris; deseó poder entrar a un bar lleno de gente, comer algo, tomar una cerveza y sostener una charla trivial. La discusión con la computadora de la radio lo había fatigado.

Súbitamente detestó la idea del aviso, detestó estar caminando por esas calles lúgubres y maldijo su imprevisión por no traer nada de comer ni de beber. Los restaurantes automáticos no funcionaban.

Se sentía atado a esa ciudad viva artificialmente; la quería y la o-

diaba. Suponía que si había otros sobrevivientes debían estar lejos de las ciudades, donde las radiaciones hubiesen llegado en mínima cantidad, donde hasta las bacterias y los virus de guerra se hubiesen dispersado antes de contagiar a un ser humano. En lugares apartados debían subsistir cuando menos pequeñas comunidades, quizá en condiciones precarias y todavía conmocionadas por el desastre. Lucas no tenía ánimos como para salir a buscarlas; no era un explorador sino un pacífico hombre de ciudad (ahora más bien se sentía una rata de ciudad). Había visto algo del campo cuando viniera desde el hospital, y lo que vio era una vasta desolación.

En la ciudad se notaba mucho menos el desastre. Prefería esperar a que los campesinos vinieran a ella. A la larga vendría algún grupo, ya fuera movido por la curiosidad de ver qué quedaba de la capital, ya fuera para buscar algún suministro necesario. Lucas temía que los visitantes fueran violentos y necios, lo suficiente como para destruir partes vitales de la ciudad. Por eso, entre otras razones, escuchaba atentamente los informes radiales sobre reparaciones.

Oyó un ronroneo y algo que podían ser pasos. Se detuvo y prestó atención; el ruido provenía de unos pocos metros más allá, a la vuelta de la esquina. Sin moverse, trató de identificar los ruidos con algo conocido; luego fue hacia el lugar donde se producían. Era un autómata de reparaciones que arreglaba un farol de alumbrado público. Lo asustó su

propio susto. ¿Tanto temía a los visitantes? Entonces, ¿por qué había puesto el aviso? En realidad, esperaba que respondiese a su llamado gente como él; gente de ciudad que se hubiese salvado del desastre por estar en ese momento lo suficientemente lejos, o por ser naturalmente inmune. Quizá gente como ésa ya había vuelto a la ciudad y no se habían encontrado porque —simplemente— sus recorridos no coincidían. En una ciudad preparada para millones de habitantes unos pocos sobrevivientes podían vivir toda la vida sin cruzarse. Pero también —pensó— podían venir grupos de facinerosos y, conociendo su videoteléfono, podían localizarlo fácilmente.

Vio una licorería con las puertas abiertas y, recordando su estómago vacío, entró. Los robots habían hecho un buen trabajo allí; todo estaba limpio, sin botellas rotas ni restos humanos. Sacó de un estante una botella de jerez y un paquete envasado al vacío de higos secos. Los puso sobre el mostrador y acercó el alto banquillo del desaparecido cajero, disponiéndose a comer al estilo de los bares automáticos de antaño.

“¿Cuánto durará la ciudad?”, se preguntó mientras comía. Era una cuestión reiterativa y sin respuesta cierta. La vida artificial consumía energía; una ínfima parte de la energía que consumía la ciudad con sus millones de habitantes, pero las reservas tenían que ser limitadas. Los depósitos debían acabarse algún día. Igualmente se agotarían los repuestos para los sistemas automáti-

cos. Lucas no podía, por sí solo, poner de nuevo en marcha los yacimientos, refinerías y fábricas necesarias. Entonces la ciudad moriría. No de un día para otro, sino parcialmente, disminuyendo su actividad en la medida en que los sistemas vieran escasear sus fuentes de energía o no hallasen repuestos para sus partes gastadas.

Todo lo que él podía hacer era prolongar esa agonía, asumiendo distintas jefaturas de mantenimiento y organizando los recursos disponibles. En última instancia, ayudado por cuadrillas de robots, podía saquear las reservas de las ciudades y pueblos cercanos. “Si tan sólo tuviese”, pensó esperanzado por enésima vez, “mil seres humanos dispuestos para ayudarme, me las arreglaría para que todo funcionase indefinidamente”.

Llegado a este punto Lucas solía preguntarse, sin obtener respuesta, sobre la causa de sus preocupaciones. ¿Por qué quería que la ciudad siguiese funcionando? ¿Deseaba que la civilización se restaurase y volviesen las épocas de esplendor? ¿Odiaba ver morir la tecnología que tanto lo había maravillado cuando era niño?

Dejó de lado esas preguntas que no podía contestar y prosiguió su camino hacia el Servicio de Empleo.

Esa noche Lucas tenía, oficialmente, el cargo de Director de Forestación Municipal. El puesto incluía una casa en el vivero de la ciudad, pero no quiso afrontar tan bruscamente la mudanza. Además deseaba escu-

char su aviso en un ambiente familiar; estimaba que los merodeadores —de existir— no podían venir inmediatamente.

Esperaba con ansia el Boletín de Noticias, *whisky* en mano. Cuando por fin fueron las nueve de la noche la emoción le impidió entender lo que decía la radio. El aviso fue transmitido correctamente, con el tono neutro de la voz computada, pero Lucas no pudo apreciar objetivamente su texto. El corazón le latía apresuradamente y —de alguna manera— esperaba que *algo* sucediese enseguida.

Sin embargo, el boletín concluyó y la radio siguió con el habitual programa dedicado a las grandes sinfonías.

Lucas escuchaba a Dvorak cuando el videoteléfono sonó.

Se puso pálido, hacía años que no escuchaba ese campanileo característico. Pero no se trataba de una alucinación; el aparato seguía llamando. Con manos temblorosas abrió la comunicación.

En la pantalla apareció el rostro acartonado de un androide. ¿Otro sistema automático? ¿Involuntariamente lo había activado el aviso?

—Habla el androide de control de la colonia “Los Alerces” —dijo la figura de la pantalla—. Mi atención fue activada por su aviso radial transmitido a las 9:04 por la emisora LRA 1.

Lucas sonrió. Lo que había supuesto era cierto. Con sorna preguntó: —¿Usted está interesado en charlas culturales?

El androide, lógicamente, se mantuvo impasible.

—Pregunta sin significado —dijo—. La actividad cultural es privativa de los seres humanos. Ello puso en marcha mi programa “AB2”, destinado a detectar cualquier indicio de actividad humana, investigarlo e informar a mis amos lo que averigüe.

Lucas sintió cómo su pulso volvía a acelerarse. Quizá...

—¿Amos? ¿Cuántos seres humanos viven en su colonia, androide?

—Mil ciento veintitrés a la fecha.

Lucas apresuradamente preguntó: —¿Dónde está ubicada su colonia?

—Información restringida. No puedo proporcionarla sin autorización expresa de mis amos. Debo preguntar. Pregunta: ¿cuántos seres humanos integran su comunidad?

Lucas traspiraba profusamente. ¡El contacto que tanto había esperado obtenido de una manera tan sencilla!

—Respuesta: estoy solo. Deseo ponerme al habla con un ser humano de su colonia. Orden: ejecute mi pedido.

Minutos después Lucas conversaba con una mujer cincuentona de rostro severo, que se presentó como Jefe de Guardia de la colonia. Lucas le informó detalladamente sobre su historia y situación, pero en contrapartida muy poca información pudo sonsacarle sobre la colonia “Los Alerces”. Indirectamente se enteró de que se trataba de una comunidad agrícola asentada en un valle de la cordillera, que estaba integrado por pobladores originales del valle, más algunos sobrevivientes venidos de

otras partes, y que al parecer estaban bien organizados y contaban con algunos sistemas automáticos. Por alguna razón estaban a la defensiva. Preguntó el motivo de tantas precauciones.

—No es ningún secreto —repuso la mujer—. Hemos sufrido asaltos de bandas salvajes. No son muy peligrosos en sí, ya que más que nada buscan comida y ropas, pero son una fuente potencial de contagios. Es común que sean portadores de gérmenes a los que han sobrevivido pero contra los que nosotros carecemos de defensas. El ataque bacteriológico fue irregular; los gérmenes difundidos varían según las zonas. Por eso debemos cuidarnos mucho de las visitas, si queremos seguir vivos.

—Entonces, ¿no incorporan nuevos miembros a su colonia?

—Ocasionalmente, sí. Cuando los postulantes pasan un riguroso control sanitario y a la vez tienen conocimientos o habilidades útiles para nuestra comunidad. El control de enfermedades y la desinfección es manejada por robots, que luego son a su vez desinfectados.

—Quisiera visitar su colonia. Soy técnico en mantenimiento de sistemas automáticos. Dígame dónde debo dirigirme. ¡Hace tanto que no veo seres humanos!

La mujer pareció dudar.

—Quisiera acceder. Comprendo lo que siente, pero no puedo darle muchas esperanzas. En las ciudades hay todavía muchos microorganismos patógenos residuales. Si usted sobrevivió a ellos debe estar contaminado y ser portador.

Lucas hizo un gesto de sufrimiento. ¡Así que estaba maldito!

—No obstante —siguió la mujer—, lo verificaremos. Enviaremos a su casa un equipo de robots sanitarios. Es posible que mañana al mediodía estén allí. Aguárdelos.

Lucas se mostró conforme. Era razonable. Pero sentía deseos de seguir conversando. Preguntó si había otras comunidades de sobrevivientes y si había resurgido algún tipo de organización estatal.

—Su pregunta da para mucho y ya es tarde —contestó la mujer—. La diré que hay grupos dispersos en zonas bastante aisladas. De algunos sólo tenemos noticias indirectas, porque carecen hasta de radiotransmisores. Las comunicaciones son difíciles y se evita el contacto personal a causa de los contagios. Hemos estado coordinando una acción común contra los bandidos que vagan en las zonas desiertas. Eso es todo lo que queda, en pocas palabras.

—Le haré una pregunta más, y es la última de la noche —dijo Lucas—. Lo ruego que me conteste. ¿Por qué nadie viene a la ciudad? Aquí hay reserva de alimentos, medicamentos, y muchas otras cosas útiles.

—Hemos enviado exploradores-robots, pero —la mujer se mostró consternada— las ciudades son trampas mortales para nosotros. A causa de los agentes patógenos residuales que antes le mencioné. Por eso es casi seguro que usted no pueda pasar el examen médico. Pero igualmente enviaremos el equipo de robots, pues hay algunas enfermeda-

des que podemos controlar. En caso negativo, igual podemos mantener el contacto videotelefónico y en lo futuro encarar algún tipo de intercambio o comercio.

Con esa desleída esperanza cortaron la comunicación. Esa noche Lucas no pudo dormir ni con un litro de *whisky* encima.

A las diez de la mañana llegó el equipo de robots. Lucas se preparó para un prolongado examen médico, pero a los diez minutos uno de los robots dijo:

—Usted no necesita control médico. Sólo una desinfección de material.

Lucas no entendía nada. Pidió aclaraciones y el robot respondió lacónicamente:

—Usted no puede ser portador de ninguna enfermedad porque carece de tejidos biológicos. Usted no es humano.

Atónito, Lucas balbuceó insultos y protestas. ¿Cómo se atrevía a decir eso ese montón de chatarra? ¿A caso él no respiraba, no comía, no bebía? ¿Carecía de emociones? ¿A caso no recordaba a sus padres, su infancia, a su esposa?

Por toda respuesta el robot le apretó la nuca y Lucas perdió el sentido.

Despertó en “Los Alerces”, en un cuarto limpio y confortable. Por la ventana se veía un valle de montaña, con un río en el fondo y bosques y cultivos alternando en las laderas. Junto a él, en una silla, estaba la Jefe de Guardia con la que había hablado por videoteléfono.

—No se alarme —dijo sonriendo—. No queremos hacerle daño alguno. Le ruego que me disculpe; la otra noche olvidé presentarme. Me llamo Diana y le doy la bienvenida a “Los Alerces”.

—No entiendo nada —dijo Lucas—: “la otra noche”. ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? ¿Y dónde está ese estúpido robot que decía que yo no soy humano?

Diana hizo un gesto de calma con la mano.

—Si me presta atención y trata de no interrumpirme le diré todo lo que sé. —Lucas se mostró de acuerdo.— No quisimos “despertarlo” hasta saber todo lo posible sobre usted, para bien mutuo. El robot médico se equivocaba... Hasta cierto punto. Usted es y no es humano. Nació y se desarrolló como ser humano, pero su cuerpo natural fue destruido en un grave accidente. Entonces, por un método experimental que desconocemos, los médicos lo “transfirieron” a su actual cuerpo sintético. Este cuerpo puede aparentar, ante quien no sea experto en medicina, casi todas las funciones de un cuerpo natural. Es más: puede mantener sus funciones durante muchísimo más tiempo que un cuerpo biológico.

—¿Entonces? —preguntó Lucas perplejo.

—Entonces usted representa la culminación de la tecnología que hizo la ciudad automática. Usted es, digamos, un ser humano artificial. En la memoria del hospital donde fue creado hallamos algunos datos sobre usted. Fue concebido como arma de guerra, en vistas al inminente

ataque biológico-neutrónico. La idea era que usted sobreviviera a esas armas y mantuviese en funcionamiento los sistemas hasta que los seres humanos se reorganizaran para la defensa o el contraataque. Pero la destrucción fue mayor de lo que se esperaba. La guerra acabó con todos los Estados y naciones organizadas, y los pocos que sobrevivimos no tenemos interés en continuar con la destrucción. Nos basta con mantenernos vivos. En consecuencia, si espera que los seres humanos retornen a los sistemas es inútil. Pero usted no tiene elección; únicamente puede seguir esperando y manteniendo vivo lo que sólo está vivo de manera artificial. —Diana hizo una pausa y suspiró.— Entienda que esto no es un reproche; es un hecho.

Lucas miró un largo rato por la ventana. Después de todo no era tan terrible. Al cabo de su meditación le preguntó a Diana: —¿Pueden proveerme de árboles en retoño? Necesito grandes cantidades. La ciudad se ve muy triste sin árboles.

—Podemos obtenerlos en los bosques —respondió la mujer. Y a-

gregó con una sonrisa pícaro: —Nosotros necesitamos algunos repuestos para nuestros equipos. También medicinas usuales.

—Negociemos —propuso Lucas.

Días después viajaba hacia la ciudad, su ciudad, en un camión servoguiado, transportando el primer cargamento de árboles jóvenes: un centenar de fresnos. Haría que los robots talaran los árboles secos de su calle y las vecinas, luego plantaría los retoños que llevaba. Debía apresurarse, porque pronto vendría la primavera.

Con la ayuda de las comunidades campesinas podía embellecer y mejorar mucho su ciudad. Dentro de algunas décadas estaría mejor y más bella que nunca.

Quizá, entre tanto, pudiese convencer a unos cuantos campesinos para que se mudaran. Los microorganismos no podían ser eternos y el riesgo de enfermedades tenía que desaparecer en unos años. O más tarde. No importaba la fecha; Lucas podía esperar siglos.

© DANIEL BARBIERI, jun./ago. 1981

DANIEL BARBIERI (Argentina —Buenos Aires, 1951-2004—).

Otro clásico de BARBIERI, como *Él vendrá por mí a medianoche* (NM nº 1), con el que se completa la reedición de sus cuentos publicados originariamente en el *fanzine Nuevomundo*.

Los restantes (*Fuera de vuelta* y *Nunca se sabe como empieza*) están incluidos como un único relato en la 4ª edición de *Un paseo con Gerónimo*, publicado por "Ediciones Turas Mór" (<http://ar.geocities.com/dagornar>).

CAMILA

M^a DEL PILAR JORGE

*“¡Emisario del Averno! ¡Ave o ente del infierno!
¡Oh profeta!” —dije— “enviado por Luzbel al triste hogar,
donde horror siniestro mora! Dile a mi ánima que implora
por la pálida Leonora, si hay un bálsamo en Galaad
¿Para alivio de mis penas, hay un bálsamo en Galaad?”
Dijo el cuervo: “Nunca más”.
“El cuervo” (EDGARD A. POE)*

A Camila le había parecido una mañana como muchas otras. Cálida, húmeda, pesada. Se había despertado con los ojos húmedos, como siempre le sucedía cuando soñaba con él.

Se levantó de un salto y se precipitó al baño. Desde la ducha pudo escuchar el insistente repiqueteo del despertador, que había olvidado apagar. Dejó que el agua se deslizara sobre su cuerpo, ahuyentando los recuerdos del sueño...

No tenía hambre; sólo bebió una generosa taza de café negro. Después comería algo.

Se vistió deprisa; sentía la cabeza embotada. En esa zona gris entre el despertar del sueño y la lucidez necesaria para enfrentar un día más, la imagen del hombre la perseguía como una obsesión. *Luciano...*

Salió del departamento, subió al auto y enfiló en dirección a la clínica.

Al llegar, primero pasó por la guardia y luego subió a las salas del primer piso. Con la rutinaria tarea del control de los enfermos y de revisar

los resultados de los análisis transcurrió media mañana

Cuando ya casi terminaba, se encontró frente a frente con el director de la clínica. Morrison la miró fijo, con esa su mirada inescrutable, y le dijo con tono inexpressivo: —Camila, te espero en mi despacho en media hora.

Ella sintió una repentina alarma. Deseando postergar esa reunión, pasó un momento por la cafetería. Finalmente, decidió ir a su encuentro. Lo halló con unas planillas de exámenes médicos entre sus manos.

—¿Puedo? —preguntó desde el umbral. El hombre asintió con un gesto.

—Sentate, piba. ¿Sabés que es esto?

—Análisis. ¿Un paciente mío? —murmuró ella, temblando de sólo pensar que había cometido algún error.

—Son el resultado de tu chequeo de rutina.

Lo miró sorprendida.

—Camila, me tomé la libertad de examinar tus análisis personalmente. Me tenés preocupado.

”En estos últimos meses te has exigido mucho. No hay un día que no trabajes doble turno. Acá veo que estás anémica ¿Qué sucede contigo?”

—Nada, disfruto trabajar y mantenerme ocupada. Eso es todo.

—Mm... Camila... Camila... Bueno, pero ¿cuándo pensás tomarte vacaciones?”

—¿Vacaciones? Dentro de un mes —atinó a contestar ella, mientras una voz en su cabeza gritaba: “¡No! ¡Dormir no!”. No quería tener tiempo para pensar.

Luciano...

Morrison continuaba su arenga: —Comprendé que no le puedo dar vacaciones a todos los internos juntos; sería prudente que las tomaras en estos días. Por otra parte, te vendría bien un buen descanso.

—Pero...

—Nada de peros; somos un equipo, Camila. Así que como todavía te quedan cuatro días de vacaciones, las tomarás a partir de hoy. Necesitas dormir, descansar.

—Pero... es casi mediodía.

—Bueno, es cierto —refunfuñó—, no te quiero perjudicar, que sean cinco días entonces.

Y sin más palabras, la despidió de su despacho.

Salió de ahí sumamente molesta y aturdida.

—¿Adónde vas, belleza? —Las palabras de Eduardo la devolvieron a la realidad. Lo miró y él le guiñó un

ojo.— ¡Qué carita, eh! ¿Qué le pasaba al viejo?”

—¡Imaginate! —exclamó sin poder contenerse—. El muy idiota acaba de decidir que tome ya vacaciones. Yo pensaba irme el mes que viene.

—¡Camila, el mes pasado dijiste lo mismo! No podés culparlo a Morrison. Además el viejo está preocupado por lo que pasó con Gonzalito —dijo Eduardo, mientras con un gesto distraído le acariciaba la espalda.

—Yo soy una profesional responsable, ¡cómo me podés comparar con Gonzalo!

—Y también sos una cabeza dura. ¿Cuál es la diferencia entre irte de vacaciones dentro de un mes o ahora? Sabés que el motivo es otro.

Lo miró aterrada; no quería hablar del tema, deseaba olvidar. Olvidar que al lado de Luciano había creído vivir en el paraíso. Se moría por volver a verlo, por poder olvidar lo que había sucedido, por perdonarlo. Lo extrañaba con desesperación, pero... se resistía a buscarlo, a llamarlo, a contestar sus mensajes.

Eduardo, ignorante de que la mente de ella se encontraba a kilómetros de ahí, seguía hablando: —Nena, tenés veintiocho años. Más de un hombre se moriría por estar con vos. No te amargues. Hacete una escapada a Mar del Plata. Yo en tu lugar aprovecharía. Andá a la playa, no seas tonta.

Le sonrió agradecida y Eduardo rozó su mejilla con un beso.

—Descansá; tratá de olvidar. Morrison, después de todo, te está haciendo un favor.

Pero la distancia no ahuyenta los recuerdos, pensó ella; sólo el tiempo, sólo el tiempo.

El afecto de Eduardo le hizo bien. Sin embargo, en el último instante y al darle un beso de despedida, tuvo la extraña sensación de que ésa era la última vez que lo iba a ver.

Salió de la clínica a las once de la mañana. Las palabras de Eduardo rondaban por su cabeza. Ir a la costa. Escuchar el ruido de las olas al romper en la playa y correr por la arena húmeda habían sido, por mucho tiempo, sus vacaciones ideales. Pero después de ese viaje a Rosario, conoció a Luciano y todo cambió. Comenzaron a verse con frecuencia.

Recuerdos... *Veranos agobiantes, en los que el calor no me molestaba. La ribera del Paraná, la playa del Balneario La Florida. Nadar en esa agua cálida y amarronada. ¡Nunca más!*

Entonces se decidió. *El mar, caminaré hasta cansarme... debo olvidarlo...*

Llegó al departamento y preparó el bolso: un *jogging*, un par de mudas de ropa, remeras, cremas y un bronceador. El ritual fue reconfortante. Cuatro días al aire libre harían desaparecer la palidez de su semblante y las oscuras ojeras que últimamente bordeaban sus ojos verdes.

Era casi mediodía cuando partió. Pasó por una estación de servicio, cargó nafta, e hizo revisar el nivel del aceite y del agua. Una vez que salió

de la ciudad, y mientras transitaba por la autopista, comenzó a distenderse. No tenía hambre.

Le agradaba sentir el viento que revolvió su cabello y la caricia del sol en el rostro.

Alrededor de las cuatro de la tarde resolvió buscar algún lugar donde detener el vehículo; tenía algo de sueño. Vio un restaurante al lado de una estación de servicio y estacionó el auto. Bajó y compró un agua mineral. Ya en el automóvil, bebió el agua con fruición. Reclinó el asiento con la idea de descansar un poco.

Durmió casi dos horas. Al despertar, en el primer momento no se dio cuenta dónde estaba. Luego recordó. Vacaciones.

Ligeramente embotada, salió del vehículo. Pasó por el baño de damas y luego, entró al restaurante. En plan de abandonar su huelga de hambre, se dispuso a dar buena cuenta de un enorme sándwich y una gaseosa. Fue entonces cuando apareció el hombre. En el restaurante se hizo un súbito silencio; los escasos parroquianos que tomaban cerveza en una mesa cercana dejaron sus bebidas a medias y se fueron. La mujer que atendía el mostrador se dirigió a la cocina.

El hombre se acercó. Se veía algo entrado en años, usaba una camisa rayada y unos *jeans* muy viejos.

—Mi patrón está enfermo —dijo.

Camila piensa que es muy raro que el desconocido se haya dirigido a ella. Salvo que hubiera visto la pequeña calcomanía de la clínica,

en el parabrisas del automóvil. Podría pretender que no es su auto, pero su reacción, ante el pedido de ayuda, es automática.

—Mire, señor, disculpe; tal vez deba llevar a su patrón a un hospital. Me temo que sin instrumental adecuado no voy a poder ayudarlo.

Una vocecita canta en su cabeza “y estoy de vacaciones”.

El individuo le hace un gesto tranquilizador con la mano.

—No hay problema; nosotros tenemos todo lo necesario. Por favor, doctora, acompáñeme. No quiero perder a mi patrón.

Le dice que la casa estaba a tres cuadras del restaurante y que puede dejar el auto, con toda confianza, en el estacionamiento. Su desesperación la conmueve.

Una suave brisa mueve las plantas del maizal. Empieza a oscurecer y a lo lejos, en el cielo, unas nubes grises anuncian la proximidad de la tormenta. Mientras sus zapatillas nuevas pisan la tierra húmeda del camino, Camila lamenta haber aceptado.

Una desagradable visión la sobresalta. Un perro muerto y ¡está lleno de gusanos! Camila quisiera volver atrás, escapar. Piensa que sólo verá lo que sucede con ese enfermo y luego se irá lo más rápido que pueda.

Por fin llegan, la casa es antigua y enorme. El lugar no parece demasiado hospitalario.

El hombre abre el destartado portón de la entrada. Cruzan lo que alguna vez fue un jardín y que ahora

se ve lleno de yuyos. Ella vacila un instante antes de entrar y trata de alejar pensamientos agoreros.

Oscuridad. En el fondo de la sala un hombre está recostado en un sillón. La mira y sonríe. Ella puede escuchar el ruido que él hace al levantarse.

—Has traído a una joven muy hermosa, Julián. Bienvenida, querida.

El inesperado recibimiento la desconcierta.

—Señor, no creo que pueda ayudarlo, pero su empleado insistió en traerme.

—Hizo bien, hizo muy bien; estoy complacido.

Él se ve demacrado, tambaleante; parece deshidratado, pero es obvio que puede moverse por sus propios medios.

—¿Por qué no va a un hospital? Lo puedo llevar en mi auto, si no tiene transporte.

—¡Ah! —suspira—. No es necesario el hospital; tu compañía me hará muy bien.

La observa con sus ojos profundos.

—Deseo conservarte; eres muy hermosa.

Se acerca. Un raro perfume emana de su ropa. Asombrada, lo mira sin comprender.

—¿Qué quiere decir?

Él sigue acercándose. La observa con una expresión casi angelical; sin embargo, hay algo siniestro en su sonrisa. Camila quiere huir de ahí. Comienza a retroceder, mientras espía de soslayo la puerta de entrada.

Pero Julián está allí, como un perro guardián.

—¿Cómo te llamas, querida?

—Camila Flores. Mire, señor...

—Soy Alan.

No la sorprende el nombre extranjero. Su actitud amistosa le da coraje para intentar convencerlo.

—Bueno, Alan, en mi automóvil tengo un teléfono celular. Puedo llamar a un servicio médico.

—Tú eres lo que necesito, Camila. —Tiene una voz muy suave.

Cada vez está mas cerca; ella no puede moverme. Casi percibe su aliento.

Esto es un sueño, tiene que ser un sueño, piensa ella.

—Camila —murmura él y su voluntad se diluye—. ¡Qué hermoso es reflejarme en tus ojos verdes! Tu piel es muy suave. Por la belleza de este instante, serás eterna...

La dulzura de su voz la envuelve, la acaricia. Es un bálsamo para las heridas de su corazón.

Sus ojos se cierran inexorablemente; es como si cayera en un pozo profundo. Un frío inusual, desconocido, se apodera de ella. No puede gritar.

No sabe cuánto tiempo pasó. Despierta recostada en el sillón y Alan la contempla. Ahora no se ve tan viejo; su cabello rubio le cae en mechones desprolijos sobre la frente. Ya no siente frío. En el hogar arden unos leños. Observa el cálido resplandor del fuego.

¡No! ¡Qué alguien apague esa luz!

Alza sus manos para cubrir los ojos, y las ve blancas, traslúcidas.

Alan está pensativo; él tiene la calma de aquellos que perdieron el miedo al transcurso del tiempo. Su mirada parece sumida en infinitos recuerdos. Toma la mano de Camila con suavidad. Ella ya no huye a su caricia y le sonríe.

Julián los mira satisfecho.

Todo es desconcertante; extraños pensamientos vienen a su cabeza. Se levanta; ninguno de los dos se interpone en su camino. Abre la puerta de la casa; es de noche y llueve. Nunca antes había percibido con tanta nitidez los sonidos nocturnos.

Mientras las gotas de lluvia atraviesan su cuerpo, siente una inesperada sensación liberadora. Todas las prisas cotidianas se han desvanecido; no importan. Son sólo un recuerdo. Algo nuevo palpita en su interior y no es su corazón precisamente.

Podría aullar de felicidad, una nueva felicidad recién descubierta. Ve, como en una extraña cámara lenta, el descenso de las gotas de lluvia, hasta caer en la tierra para formar globitos en los charcos del camino. Respira el aire nocturno con fruición inusitada. Tiene tiempo, mucho tiempo.

Mira los oscuros nubarrones. Sensaciones nuevas la recorren. Presiente que puede volar en el viento, con la impunidad de las aves nocturnas. El resplandor de la luna asoma apenas entre las nubes, que comienzan a ser empujadas por el viento.

Entonces, recuerda a Luciano... Una extraña sed la atraviesa; siente

brotar la avidez del deseo con furor inusitado. Un deseo nuevo, desconocido, inigualable, inacabable.

Sonríe con anticipación.

El hombre acaba de regresar de su trabajo. Calienta la pava y, mientras toma unos mates, prende el televisor. Pone el canal de las noticias. La música estrepitosa inunda la cocina.

El periodista informa con voz chillona: "A pocos kilómetros de la ciudad de Mar del Plata, fue hallado abandonado un automóvil Chevrolet Corsa. Su conductora, la doctora Camila Flores ha desaparecido. La policía teme que haya sido una víctima más del sátiro de la ruta 2. Aún no hay ninguna pista sobre la identidad del depravado sujeto; la doctora Flores podría ser la víctima número veinte".

Luciano ya no escucha la voz del periodista. En su cabeza, se arremolinan los recuerdos... Camila, con el cabello suelto... desnuda... con la risa en la boca.

Por su mente pasan incontables momentos compartidos, hasta el día en que Camila llegó de improviso... Susana y él... Mentiras para tapar las mentiras. A veces un amor apasionado puede convertirse en una cadena pesada de soportar.

Recuerda la furia de Camila, la discusión, la amenaza final. Él no le había creído demasiado, pero con las mujeres nunca se sabe...

Bebe el mate con fruición. Susana había sido sólo una aventura más. Pero Camila... No quiere admitir que ha comenzado a extrañarla;

que pensó que ella iba a volver. ¿Él insistir en llamarla? No, mucho orgullo. *Aflojás una vez con ellas y no las podés parar más. ¿Arrepentido? No, pero eran tan hermosas las noches de tormenta, entre sus brazos...*

Ahora es tarde; ella está muerta.

Un trueno lo sobresalta; se siente nervioso y no sabe por qué. El temporal anunciado por el servicio meteorológico acaba de llegar a Rosario. Camina por la casa como un poseo. Desconecta el televisor y la computadora. Vive en un barrio de casitas bajas; siempre le preocuparon las tormentas eléctricas. El viento comienza a sacudir la puerta de la cocina.

¿El viento?

Va a buscar el revólver, se pone el *jean*, prende la luz del patio y abre la puerta. La lluvia torrencial diluye el efecto de la débil luz del farol. Sólo agua, que empapa su rostro y su pecho desnudo. Parpadea, intentando identificar esa sombra que se acerca, suave y silenciosamente. El revólver se convierte en una prolongación inútil de su miedo.

La sombra que lo acecha parece inmune a la tormenta.

—¿Quién es? —pregunta Luciano, sin poder admitir lo que ve.

—Luciano —murmura ella, con una voz que parece traída por el viento.

No es lógico. Ella está muerta; lo dijeron en el noticioso.

Sin embargo, ella está allí. Camila avanza, con una extraña expresión angelical y le sonrío. Una sonrisa de dientes blancos, perfectos.

No es ella. No puede ser ella.

Los cuentos de aparecidos sólo son divertidos cuando se cuentan a la luz de un fogón. Además, él nunca fue demasiado crédulo. Entonces dispara una y otra vez.

Ella siente que las balas la atraviesan, como piedras calientes, en un furioso y repentino roce, que no puede detener su avance.

El hombre lanza un grito ahogado. Ella le sonríe, sus ojos brillan como carbunclos en la casi penumbra.

Se escucha otro disparo. Luego, sólo el ruido incesante de la lluvia. Ella se inclina sobre él.

Por fin logra aplacar la sed.

Anochece. Está todo calmo. Los pájaros duermen escondidos en la arboleda. Ninguna brisa perturba los maizales ni las plantaciones de soja. Las reses están encerradas en los corrales. Extraños murmullos recorren el campo. Camila abre la tranquera y recorre el camino que la lleva a la casa. Entra. Alan la contempla; no le dice nada, no le pregunta nada. Ella lo toma de la mano y por primera vez en mucho tiempo se siente tranquila.

© M^a DEL PILAR JORGE, 2006



MARÍA DEL PILAR JORGE (Argentina —Buenos Aires—)

Los años que esta autora desperdiciara en los ámbitos judiciales no lograron afectar su capacidad para lograr una redacción clara e inteligible. Ella se acercó a **NM** con una suerte de timidez en el momento de ofrecer su colaboración, quizá sin imaginar que no iba poder ser rechazada. La reelaboración de un tema clásico desde la perspectiva de una traición y una venganza, sumada al sutil tratamiento del verdadero horror (esa relación que no se consuma y que podría haber cambiado todo), lo merecía.

GÓMEZ Y RICUTI

RICARDO G. GIORNO

La recicladora *Gaxialimp* avanzaba a través de los sistemas solares habitados. Los desperdicios se recogían en una órbita lejana de cada uno de ellos. Dos diferentes formas de vida se encargaban del mantenimiento de la nave mientras durase el turno de recolección: aproximadamente seis años, mes más, mes menos.

Allí se procesaba, mediante un...

—El botón azul, Gómez.

—¿Se cree que no lo sé, Ricuti? Hay que esperar que se ilumine.

—No hay que esperar.

—Sí, hay que esperar.

—No.

—Sí.

—No.

—¡Bueno, basta, Ricuti! Se lo voy a demostrar... Ve, no pasa nada.

—Mmm... debe haber algo desconectado.

—¡Claro, algo desconectado! El señor jamás se equivoca.

—Exacto, no está en mis genes equivocarme.

—Pero qué tonto que soy, seguro que hay algo desconectado y el

pobre e insignificante Gómez no se da cuenta. Sí, eso debe ser. El señor Ricuti es tan grande, tan poderoso, con esas garras que todo lo pueden, conque el pequeño Gómez es el que se equivoca. El que siempre hace las cosas mal.

—Siempre no, Gómez. Es el mejor baldeándome la espalda. Mire el control de agua, apenas sí faltan unos cientos de litros y llegamos al fin del turno.

—Es que usted está reteniendo líquido, que si no faltaría menos. Todavía no se le nota mucho, porque doscientos litros es poco para su cuerpo, pero le digo que lo veo medio hinchado.

—¿Le parece, Gómez? Yo me veo igual que siempre.

—No se crea, Ricuti. La falta de gravedad nos está matando de a poco. ¿Cuánto hace que no vuela?, ¿eh?

—No me haga acordar, no me haga acordar. Ya ni siento las alas. A propósito del botón, ¿no va a hacer nada para repararlo?

—¡Y dale con el botón! Le dije que hay que esperar que se ilumine.

No debe faltar mucho. ¿Los cubos están ordenados, ya todo está clasificado?

—Despreocúpese, Gómez. No tenemos más que llegar, entregar todo y luego la libertad.

—Sí, libertad por medio turno. Los explotadores nos dejan descansar medio turno y tenemos que trabajar uno entero. No hay derecho, Ricuti, no hay derecho.

La *Gaxialimp* no vaga sin rumbo. Tiene un recorrido preestablecido, cuyo puerto es Enderian, el asteroide estable más alejado de la galaxia. Allí los desperdicios están conformando un...

—Mire, Ricuti, creo que voy a renunciar.

—¿Y me va a dejar solo, Gómez? No se ponga así, que la vida es una y hay que vivirla. ¿Dónde quiere ir esta vez?

—Me gustaría mucho ir a lo de Cristina.

—Uf, donde fuimos la última vez. Allí las mujeres son viejas.

—Las tuyas, Ricuti; a mí me tocó una que... Bueno, mejor no entrar en detalle. ¿Usted qué sugiere?

—Me gustaría ir a Volando. Por ahí, quién le dice, está libre Soriana.

—¡Conque ésas tenemos! No me diga que se me enamoró. Acuértese de la última vez: no había forma de sacarlo de ahí. La dueña se puso como loca y aparecieron cuatro toda-

vía más grandes que usted. ¿Recuerda? Casi nos matan.

—No estoy enamorado, Gómez, no está en mis genes. Pero me gustaría volver allí. Tienen ese inmenso campo verde que uno puede sobrevolar, caer en picada y destrozarlo todo hasta dejar montículos de tierra calcinada. ¡Qué belleza!

—Ricuti, me extraña; es un holograma. A las dos horas está como si no hubiese pasado nada.

—¿Y a mí qué me importa? Si tiene hasta el olor de la verdadera tierra. Entonces usted no tome esos jugos sintéticos, no son de frutas cosechadas.

—Me agarró, tiene razón, no lo había pensado. Pero Volando queda muy lejos.

—Lejos de acá, Gómez, pero no tan lejos de Enderian.

—¡Mire! Se iluminó el botón, podemos irnos.

—Lo veo, lo veo, no tiene por qué echármelo en cara. Y... ¿qué hacemos?

—Y bueno, Ricuti. Las últimas dos veces fuimos a lo de Cristina, vayamos a Volando.

—Me parece bien.

—Listo, ya apreté el botón; sólo resta esperar. Es dura la vida del reciclador.

—No me lo diga a mí, Gómez.

© RICARDO G. GIORNO, 2006

RICARDO GERMÁN GIORNO (Argentina —Buenos Aires, 1952—)

No se asusten. **NM** no se va a limitar a publicar estas joyitas que "Ric" pergeña a puro diálogo.

¿O se piensan que los mejores cuentos los manda sólo para **Axxón**?

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

http://ar.geocities.com/e_ditores



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://ar.geocities.com/dagornar>



ESN 53690-070120-454033-24